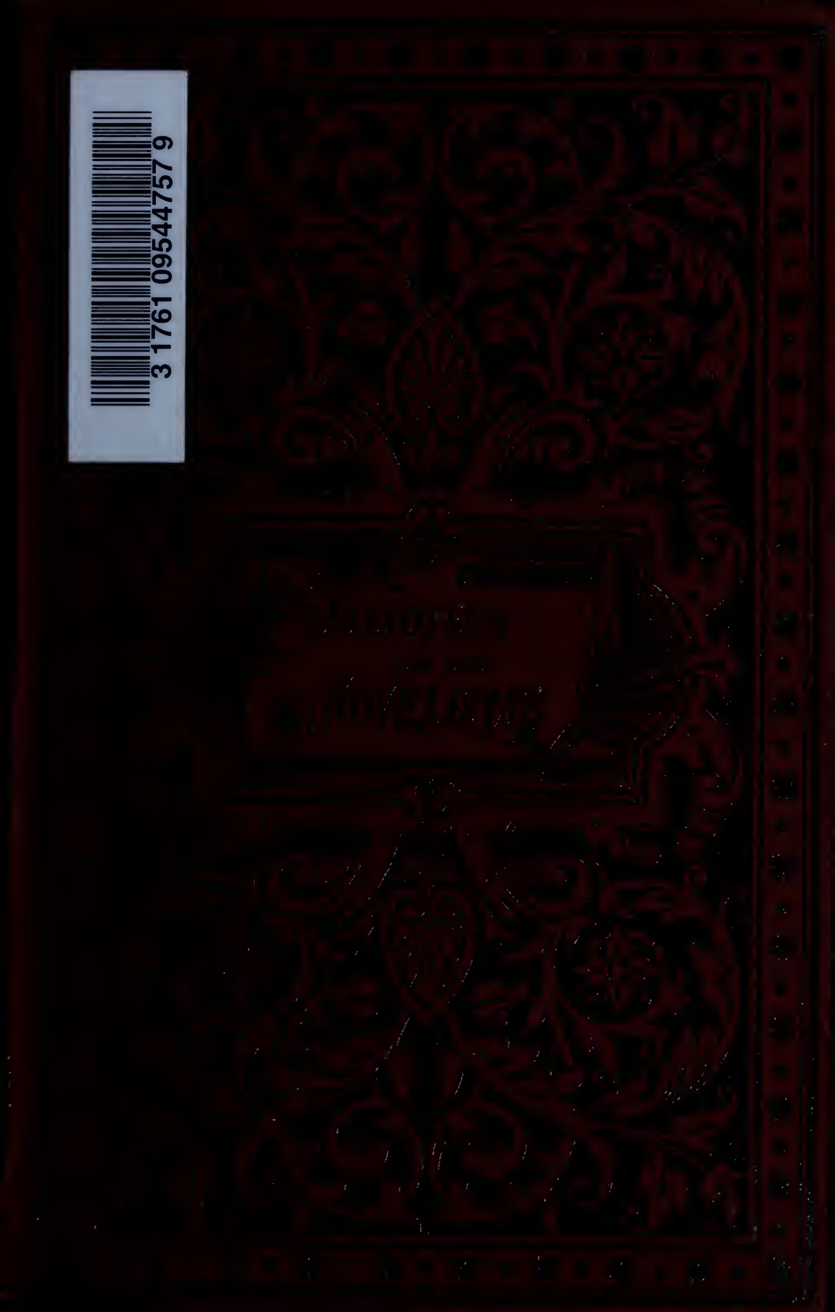

3 1761 09544757 9

LA PIEL
DE LA JUSTICIA

POISSY. — IMP. BOURET.

CRONICAS ROMANCESCAS DE ESPAÑA

LA PIEL
DE
LA JUSTICIA

MEMORIAS DEL TIEMPO DE D. PEDRO EL CRUEL

POR

D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO



PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1868

LA PIEL
DE LA JUSTICIA

CAPITULO PRIMERO

EL HERMOSO MISTERIO DE LA TORRECILLA DEL ANGEL CUSTODIO.

I

Habia por aquellos tiempos, 1368, en la muy noble y muy leal villa de Valladolid, una torcida y estrechísima callejuela que se llamaba la Costanilla de San Benito, porque terminaba en el negro muro del costado derecho de la iglesia de San Benito el Viejo.

Por la otra parte, esta torcidísima callejuela iba

á dar al pequeño y estrecho postigo de una sombría torre del Alcázar viejo, construido por el buen rey D. Alonso el Sábio, y que ya no existe.

Debemos advertir, antes de pasar adelante, que del Valladolid de entonces no queda hoy otra cosa que el Pizuerga, el Esgueva, y dos ó tres viejísimas iglesias contemporáneas de la de Nuestra Señora de la Antigua.

Cruzaban esta callejuela, antes de que terminase en la ronda del Alcázar, delante de uno de sus postigos, otras varias callejas.

La de la Espada.

La de los Tres Niños.

La de San Juan.

La del Ahorcado.

Y, por último, la de las Brujas.

Todas estas callejuelas morian de la una parte en a estrechísima ronda interior del muro de la villa y de la otra se enmarañaban torciéndose y retor-

ciéndose en el laberinto de callejuelas que rodeaban el monasterio de San Francisco y Nuestra Señora de la Antigua.

Todas estas callejuelas conocian, ó habian conocido, al conde D. Peranzulez y al Cid.

Es decir, que en aquellos remotos tiempos, ya eran antiquísimas.

II

Multitud de ilustres casas de Solar estaban emplazadas en estas callejas, que por ser oscuras, tortuosas, feas, y además súcias, no dejaban de ser principales, por su proximidad al Alcázar.

En muchos trozos estas callejuelas estaban formadas por tápias de huertos.

Las copas de los árboles frutales de la una y de la otra parte se juntaban y daban á estos espacios cierto aspecto campestre, fresco, agradable.

Pero el piso era terrizo, y comunmente le cruza-

ba un negro arroyo de agua inmunda, proveniente de los albañales de las casas.

Y no por esto dejaban de ser principales estas callejas.

Es verdad que el resto de las calles de Valladolid no eran ni mas anchas ni mas limpias.

Nuestros abuelos vivian en un encantador atraso, y vivian bien.

Es cierto que el interior de sus magníficas casas monumentales nos llevaban una gran ventaja, y que los dobles tapices, las gruesas alfombras, las pieles y las grandes chimeneas llenas de encina, establecian un *confort* superior al nuestro, y que el verano, la grande estension de sus cámaras y el inmenso espesor de los muros, los procuraba un fresco que en vano buscaremos hoy en nuestros elegantes tabucos.

Pero las calles estaban en un abandono deplorable.

Se cuidaban muy poco ó nada de ellas.

Verdad es que los caballeros andaban siempre á caballo, y las damas siempre en litera.

¿Qué les importaba, pues, que las calles fuesen buenas ó malas, estrechas ó anchas, limpias ó súcias?

Esto era cuestion de los lacayos y de los pobres peatones plebeyos, que eran gente dura y poco escrupulosa.

Tenian tambien su *confort* en el meson y en la taberna.

III

Vamos á relatar á nuestros lectores una brava leyenda del señor rey D. Pedro el Primero de Castilla, apellidado por unos el Cruel, y por otros el Justiciero.

Para ello, los hemos llevado á la costanilla de

San Benito el Viejo, entre este monasterio y el viejo Alcázar Real.

Hagámonos, pues, cargo del escenario.

En una esquina de la calle de las Brujas, sobre la costanilla de San Benito, la segunda á la derecha, yendo hácia la izquierda, habia una esbelta torrecilla, con basamento bizantino, cuerpo gótico y remate árabe, y tan bella, que era gran lástima tuviese siempre á su pié como un foso un estrecho y repugnantísimo lago de lodo inmundo.

El basamento era de fuertes sillares labrados, el cuerpo dejaba ver una estrecha y larga ventana, ogiva, y ricamente ornamentada; pero tan estrecha, que parecia una saetera, y en el cuerpo superior, tres lindísimos agimeces árabes, cerrados con preciosas celosías de alerce.

Un alcuzon ó montera aguda de pizarras, terminada por una veleta y una cruz, formaba el remate de la torrecilla.

En el basamento, en un chaflan que remataba la esquina, habia, como á cuatro varas de altura, ó metros, si se quiere, un nicho bizantino; en el nicho una pequeña estátua de piedra del Angel Custodio, protegiendo á un niño del diablo, que asomaba por un lado su cabeza con cuernos, y por el otro dejaba ver el estremo de una enroscada cola de serpiente, y sobre esta estátua y este nicho, un tejadillo de hierro parecia destinado á preservarlo de la lluvia.

Apenas empezaba á caer la tarde, aparecia un lego motilon del inmediato monasterio de San Benito, cargado con una escalera y con una alcuza de hierro en la mano; apoyaba la escalera contra el muro, subia, y encendia el farolillo de colores que durante la noche arrojaba reflejos indecisos sobre la estátua; iluminaba débilmente el cruze de las dos callejuelas.

La torrecilla estaba adherida á una grande y des-

tartalada casa de solar, y venia á ser su guarda canton.

La esquina de enfrente pertenecia á una posada, y como la torrecilla era de poca altura, las ventanas del segundo piso del meson estaban á nivel de los bellos agimeces de la torrecilla.

La otra esquina de la derecha de la costanilla de San Benito, sobre la calle de las Brujas, la constituia el ángulo de una gran casa abandonada, ruinosa, que se decia haber sido el habitáculo de las brujas.

En fin, la cuarta esquina era el ángulo de la tápia de un huerto, y aquel ángulo estaba lleno por una alta y copuda higuera.

Nada nos importan los demás edificios de las calles en que nos encontramos.

IV

Y habia además una circunstancia que hacia notable la bella torrecilla que hemos descrito, si bien á la ligera, por no entretener la atencion de nuestros lectores.

Se decia que allá, en las altas horas de la noche, salia de la torrecilla, por los agimeces, lánguido y melancólico el sonido de un laud.

Que luego una voz de mujer triste, sentida, dulcísima, entonaba un cantar en idioma estranjero, que nadie entendia.

La voz cantaba de tiempo en tiempo y siempre acompañada de un laud, desde las doce de la noche hasta la una.

Despues el silencio de la calle no se rompia sino tal vez por la riña de dos perros que disputaban un hueso, ó por el lúgubre silbar de la lechuza, ó

por el zumbido del viento en los altos y desiguales aleros de las casas.

Decian tambien que todas las noches, al menos, cuando la campana de las monjas del Santísimo Sacramento tocaban á maitines, aparecia el reflejo de una luz á través de las celosías de los agimeces, y que inmediatamente se oia aquella deliciosa música.

Y que cuando la música cesaba, al sonar á la una la campana de las monjas, las celosías dejaban de transparentar la luz, y todo quedaba á oscuras.

Añadian otros, que cuando la noche era muy clara, y cuando la luna llena iluminaba por completo la parte mas alta de la torrecilla, se abria uno de los agimeces y dejaba ver un rostro pálido, tan pálido como la luna.

Y que en aquel rostro pálido lucian dos ojos brillantes, como el carbunclo.

Y que sobre la frente serena de aquel rostro se veia una cabellera abultada, como la crencha de un leon, y negra como una noche de tormenta.

Y dos largas y magníficas trenzas que caian sobre el blanco muro de la torrecilla.

V

— ¿Cómo quereis que os creamos, decia alguno al que contaba esto; si todo el mundo sabe que en la casa de la torrecilla del Angel Custodio no vive nadie mas que el señor Ferran de Sedeño, merino mayor de Castilla.

— Ello es verdad, decia el objetado, que en la torrecilla del Angel Custodio vive una mujer jóven y hermosa, que en la alta noche canta romances de amor en lengua estranjera.

— ¿La habeis oido vos, amigo?

Yo no, pero es lo mismo, porque la ha oido un mi cormano.

Y cuando se preguntaba al cormano, decia que no lo habia oido él, sino un su deúdo, persona muy calificada, á quien habia que dar entero crédito.

Y cuando se preguntaba á la persona calificada, decia que no habia oido nada, porque se acostaba temprano, pero que se lo habia dicho una persona muy de fiar.

De lo que resultaba que no se encontraba á nadie que hubiese oido la voz dulce y triste que cantaba amores en lengua estrangera en la torrecilla del Angel Custodio.

Pero todos afirmaban que sí.

¿Por qué?

Porque se lo habian oido decir á otros.

Así sucede con mucha frecuencia.

Se afirman cosas que nadie ha visto, y en las cuales sin embargo, cree todo el mundo.

VI

Doncel, enamorado y amigo de aventuras, hubo, sin embargo, que quiso oir por sí mismo aquella melancólica cántiga nocturna, y armado convenientemente para arrostrar la aventura que pudiese sobrevenir, se fué á la costanilla de San Benito, esquina á la calle de las Brujas, un punto antes de que fuese la media noche.

Pero apenas llegó al pié de la torrecilla, ó le hizo huir un vestiglo, uno de esos horribles séres, contra los cuales dice un romance antiguo: *fallecen armas é no arremete el troton*, ó le avino una negra aventura que le obligaba á desistir de la curiosidad de saber quién era la misteriosa y bella cantora nocturna.

Cuando se preguntaba acerca de esto al prior de

los benitos, decia, moviendo siempre la cabeza, como quien se vé obligado á contestar á una pregunta enfadosa :

— Dejaos, dejaos de eso, que no sabeis, si pensando en ello, ofendeis á Dios.

CAPITULO II

DE COMO HIZO SU ENTRADA EN VALLADOLID EL SEÑOR REY D. PEDRO.

CAPITULO II

DE COMO HIZO SU ENTRADA EN VALLADOLID EL SEÑOR REY D. PEDRO.

I

Era el mes de Octubre.

Los árboles habian empezado á arrojar ya sus hojas amarillentas.

Los dias empezaban á ser cortos, nublados y lluviosos.

Ya al caer de la tarde se levantaba del Pizuerga una densa niebla que envolvia como un sudario á Valladolid.

El triste invierno avanzaba, cargado de escarchas, emblanquecida la calva frente por la nieve.

Valladolid es húmedo, nebuloso y frio en sumo grado.

Sus inviernos son muy largos.

Sin embargo, en estos inviernos, aparece de tiempo en tiempo un hermoso dia.

Valladolid parece desentumecerse, alegrarse, y bajo los rayos de un sol diáfano, humean con un leve vapor sus empinadas cubiertas de pizarra.

II

Era uno de estos hermosos dias al mediar.

Un gentío inmenso rebosaba de la villa por los Arcos de Benavente, inundando el Campo Grande.

Todos iban con los vestidos de fiesta.

Los caballeros y las damas en corceles y palafrenes.

Los licenciados y los de órden, en mulas.

Muchas damas en litera.

El inmenso popular á pié.

De tiempo en tiempo se veia avanzar una alegre cuadrilla de ellos y ellas con gaitas, chirimías y tamboriles, llevando delante un pendoncillo rojo muy engalanado, con cintas y lazos azules.

El rojo significaba valor.

El azul lealtad.

Y estaban estos dos colores muy en su lugar en los pendoncillos, porque toda aquella gente salia á recibir al señor rey que venia de Toledo, con la gente de la Andalucía, y que continuaba recogiendo gente por las Castillas, para ir contra su enemigo el rey de Navarra.

Aquel rey, á quien salia á recibir con tanto regocijo la muy leal y noble villa de Valladolid, era al señor rey D. Pédro, hijo del buen rey de querida

memoria D. Alonso, el que habia muerto de peste en el cerco de Gibraltar.

El biznieto que fué del terrible Sancho el bravo, y de la prudentísima y escelente doña María de Molina, su mujer,

III

La multitud que se derramaba en el Campo Grande por los Arcos de Benavente, seguia avanzando por el camino de Toledo, alargando su cabeza por ver si veia á lo largo del camino la nube de polvo que la anunciase la aproximacion de la hueste del rey.

Verdad era que los dias anteriores habia llovido, y que el camino tenia mas de lodo que de polvo.

Corria el tiempo, y eran ya cerca de las dos de la tarde, cuando toda aquella multitud dejó oir un

alarido semejante al ruido de las olas del mar sobre sí mismas, y se estremeció, se contrajo, dejó sentir una oscilacion gigantesca.

Los mas delanteros habian visto ondear allá en el horizonte estandartes, pendones y banderolas, y un bosque de lanzas que avanzaba.

El consejo y los personeros, y los rico-hombres, y los merinos del tribunal de justicia, y el cabildo con el señor obispo, y la universidad, que iban á vanguardia de la multitud en sendas mulas, apretaron el paso para tener cuanto antes la felicidad de besar el borceguí al señor rey.

IV

— Apretad, apretad á vuestras acémilas, menguados, decia el merino mayor de Castilla Ferran de Sedeño, que con sus otros merinos y sus porteros y sus alguaciles iba tambien en el cortejo; ¡como si no

supierais que el señor rey viene haciendo su matanza de nobles, y que se ha dejado allá en Andalucía enterrado á su hermano el maestre D. Fadrique, y en Vizcaya á su primo el infante D. Juan.

Ferran de Sedeño, caballero muy principal, que allá en los años pasados habia sido muy privado del rey, le tenia ojeriza porque le habia matado á un su deudo, y ademas le habia quitado cierta dama, con la cual el merino mayor habia estado á punto de casarse.

Sin embargo, habia disimulado su ódio, y no se habia atrevido á renunciar el oficio de merino mayor de Castilla, que le habia dado el rey en los tiempos de su privanza.

Además aquel alto cargo, con los derechos y cohechos que tenia, no era para dejado, y mucho menos por un hombre de tales tragaderas, que se murmuraba públicamente y sin rebozo, que vendia la justicia.

V

Era un hombre como de cuarenta años, mal encarado y soberbio, de estos en quienes á primera vista se nota la irreverencia á todo.

Pero mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos detenidamente de este personaje.

Siguieron adelante, y al fin, una hora despues, se tropezaron con la córte, que venia á vanguardia de la hueste.

El rey, despues de oir con semblante ledo las salutaciones del consejo, del cabildo y de la universidad, cuando llegó el turno á los de la justicia, por boca del merino mayor, frunció el ceño, escuchó como distraido, y cuando hubo acabado Ferran de Sedeño, dijo:

— Bien os sientan los aires de esta tierra, Fer-

ran, porque os hallo mas gordo que cuando os envié á que dieseis justicia á mis buenos vasallos de Castilla.

Despues de esto, y sin oir á Ferran de Sedeño, el rey se volvió á su cronista Pero Lopez de Ayala, y se puso á hablar con él.

Ferran de Sedeño se inquietó, creyendo encontrar una intencion terrible en las palabras del rey; pero disimuló su inquietud como antes habia disimulado su ódio.

Tenia grandes motivos para que la ida del rey D. Pedro á Valladolid le aterrase.

VI

Acabaron las salutaciones del consejo, del cabildo, de la universidad, de los merinos, de los prohombres, en fin, de Valladolid, que era ya una vi-

lla populosa y rica ; y la córte siguió adelante en medio de las aclamaciones de la multitud.

Aquello era magnífico.

Los trompeteros atronaban el espacio con el ronco y poderoso clamor de sus trompetas de guerra.

No se veian mas que ostentosas galas, ricas sobrevestas, penachos, lambrequines, estandartes, banderolas y lanzas.

Deslumbraba el brillar de los arneses, dorados los unos, plateados los otros, matizados y caprichosos los mas, dejando ver, apesar de su acicalamiento y de sus esmaltes, la mayor parte de ellos honrosas abolladuras, que manifestaban que sus dueños se habian puesto demasiado al alcance de las mazas y de las hachas de armas enemigas.

Los caballos piafaban orgullosos, sacudiendo sus cabezas cargadas de penachos, y ostentando sus ricos paramentos.

Y todo esto bélico, deslumbrante, hermoso, imponente, pasaba por entre la multitud asombrada del gran lujo y de la fuerza de la hueste que traia consigo de Andalucía y de Castilla la Nueva el señor rey D. Pedro.

En cuanto á este, venia hermoso y magnífico, con la corona en la cabeza, el manto real sobre los hombros, armado con arnés de oro, sobre un poderoso corcel, que en vez de aliento arrojaba fuego por las anchas narices, y centelleaba su ojo ardiente, y tascaba el freno, como pretendiendo dominar la poderosa mano que lo contenia.

Los paramentos de este magnífico animal eran de tela de oro, plata y seda, que con sus combinaciones de brillos y colores formaban un tornasol, que quitaba la vista, herida por los rayos del sol.

La tierra parecia retemblar bajo los cascos de este poderoso caballo.

Delante del rey iban cuatro reyes de armas, que

rodeaban el estandarte real, llevado en alto por el alférez mayor de Castilla.

Detras del rey, acompañado cada uno de cuatro pages, hermosos como damas, iban los cuatro grandes escuderos, llevando el uno la espada del rey, el otro su lanza, el tercero su yelmo de encaje, y el cuarto su escudo.

A la derecha del rey iba su ballestero mayor, Pedro Lopez de Padilla, y á su izquierda su cronista, Pedro Lopez de Ayala.

Diego García de Padilla, hermano de doña María de Padilla, gran maestre de Calatrava, iba luego al frente de los caballeros de la órden, que aparecian en gran número, formando la guardia de honor del rey con sus hábitos blancos sobre los lucientes arneses, y en los hábitos la roja cruz de Calatrava.

Seguia D. Juan Fernandez de Hinestosa, tio de doña María de Padilla, al frente del numeroso y terrible escuadron de ballesteros hidalgos del rey,

como si dijéramos, de su guardia inmediata, que imponia miedo á todo el mundo, porque se sabia que el rey se valia de aquellos formidables hidalgos, de semblante sombrío, para hacer sus justicias ejecutivas, sobre los nobles rebeldes, ó sobre todo aquel que se atrevia á faltar á las leyes ó á oponerse á la soberbia voluntad del rey D. Pedro.

VI

Entre estos ballesteros de maza, entre esta guardia particular del rey, compuesta de soldados viejos, de rostro atezado y feroz, y bravos como fieras, guardada como un tesoro, iba una gran litera dorada, con cortinillas de tela de oro en las ventanas de la portezuela, y llevada por dos poderosas mulas, ricamente enjaezadas, y conducidas por dos palafreneros, armados como los peones, y mostrando sobre sus vestas las armas reales de Castilla.

Una nube de pages en la flor de su juventud, blancos, rubios y hermosos, ostentosamente engalanados, ginetes en magníficos caballos, rodeaban esta litera, como servidores de la dama que dentro de la litera iba, y que de tiempo en tiempo alzaba una de las cortinas de la portezuela y dejaba ver su hermosísimo y pálido semblante, poeticamente melancólico, sus admirables ojos azules, en que habia una marcada espresion de sufrimiento y de tristeza, y su rica cabellera rubia como el oro, agrupada en trenzas bajo una toquilla de brocado, perlas y pedrería, que valia un tesoro.

Esta dama era doña María de Padilla.

Quién decia que era la reina, por estar casada en secreto con D. Pedro.

Quien, que su querida.

Pero todos la respetaban, porque era el corazon y el alma del rey.

Todos la amaban, porque era buena y se sabia

que con su dulzura y su persuasion de ángel, templaba la lúgubre cólera del rey, y habia salvado la vida á muchos que habian tenido la desgracia de ofender á D. Pedro, ó de hacérsele sospechosos.

Sea como quiera, doña María de Padilla, era respetada y amada.

VII

Detras, y entre otra nube de pages, iban gran número de literas, que conducian las dueñas, las damas, las doncellas y las meninas de doña María de Padilla, que podia no ser reina, pero que como reina se mostraba y se trataba.

Un escuadron de lanzas gruesas, y una bandera de peones, formaba la guardia de doña María de Padilla, en un número considerable.

Iban luego entre filas de ballesteros, á caballo, gran número de acémilas, pesadamente cargadas,

aunque su carga no abultaba mucho, y en las cuales se fijaban las codiciosas miradas de la multitud, porque se decia que aquellas acémilas llevaban los inmensos tesoros del rey.

Seguia al fin el grueso del ejército, que imponia espanto, porque constaba de cuatro mil lanzas gruesas, ó lo que es lo mismo, ventiocho mil hombres, porque segun la organizacion militar de la Edad-Media, á cada hombre de armas ó lanza gruesa, correspondian tres soldados de á caballo á la ligera ó á la gineta, y tres peones ballesteros.

Esto sin contar los ingenieros, que servian las máquinas de guerra, que pasarian de tres mil hombres, porque el rey iba fuertemente pertrechado, y con numeroso bagaje.

De modo que el rey llevaba consigo unos treinta y cinco mil hombres, con diez y seis mil caballos, y unas tres mil acémilas, y sobre cien artificios de guerra, como balistas, catapultas, gatas y cabritas.

Un séquito tan grande (lo era para aquellos tiempos), no se habia visto hacia muchos años en Castilla, y decian los muy viejos haciendo, referencia á cuentos de sus padres, que solo el rey D. Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, habia llevado tras de su estandarte una hueste mayor, y aun así, con la ayuda de todos los reyes cristianos de España y del rey moro de Granada, su aliado.

VIII

Pero en medio de la alegría que causaba á los soberbios castellanos el ver á su rey tan bien acompañado, amenazando con su fuertísima hueste, no solo al rey de Navarra, su enemigo, sino á los cielos y á la tierra, habia algo que nublaba su contento.

Esto es: ¿dónde se iba á meter tanta gente?

Todos los vecinos de Valladolid estaban amena-

zados de una invasion á domicilio de una soldadesca aventurera, que no habia hembra que respetase, ni gallina que dejase á vida, sino es ya que se atrevian á todo.

Los soldados españoles han tenido siempre muy mala fama.

Siempre se les ha considerado como una langosta.

Pero respiraron los de Valladolid cuando vieron que en la villa no entraba mas que la córte, la órden de Calatrava y la guardia y las acémilas del rey, y que el grueso de la hueste se repartia por pequeñas escuadras, en las villas y aldeas de los alrededores.

Cuando el rey penetró en Valladolid, empezaba á caer la tarde.

Las calles estaban cubiertas de juncia.

No habia ventana en que no hubiese una colgadura mas ó menos rica, y una luminaria.

Repicaban á badajo perdido las campanas y los esquilones de parroquias, conventos, capillas y ermitas.

Caian flores y ramas de olivo, y hojas de palma sobre el rey y sus caballeros, y una aclamacion unánime, contínua, infatigable, saludaba al jóven rey, que podia ser muy bien sanguinario y terrible, pero que era bravo y buen caballero; hacia que los enemigos de Castilla le respetasen, y era, sobre todo, amantísimo de la justicia, y protegia siempre de la tiranía del fuerte al débil.

IX

Aquella noche hubo música de gaiteros por las calles de la villa, hicieron en la gran plaza del Alcázar hogueras en todos los lugares anchos, y vino gratis en todas las tabernas, para todo el mundo, por cuenta del señor rey.

En fin, cuando sonó el toque de cubre-fuego, todos se fueron á sus casas, con la esperanza de divertirse mucho en las fiestas que tendrian lugar al dia siguiente.

CAPITULO III

DE LA MALA AVENTURA QUE LE AVINO AL BALLESTERO JUAN DIENTE POR METERSE Á DESCUBRIDOR DE MISTERIOS.

CAPITULO III

DE LA MALA AVENTURA QUE LE AVINO AL CABALLERO JUAN DIENTE POR METERSE Á DESCUBRIDOR DE MISTERIOS.

I

Lentamente y abandonadas á sí mismas despues del toque de cubre-fuego, hogueras y luminarias se fueron estinguiendo, y á la media noche la niebla era señora absoluta de Valladolid, salvo en algunos lugares en que una candela ó farolillo iluminaba alguna imágen embutida en un profundo nicho.

Las calles habian quedado desiertas.

Cumpliendo con las ordenanzas que mandaban que despues del toque de cubre-fuego se apagasen las luces, no se veia ni una sola á través de ninguna vidriera, salvo en las de las iglesias, á cuyas lámparas no alcanzaba la prohibicion.

Otras noches solia encontrarse por la vía pública algun enamorado asido á los hierros de una reja, embebecido en sabrosa y encendida plática con la señora de su alma, ó algun ladron que oculto detrás de alguna esquina ó en algun hueco de puerta, esperaba á que pasase alguno de los enamorados para arrojarse sobre él y robarle sorprendiéndole.

Porque esto de creer que nuestros abuelos de aquel tiempo se dejasen robar sin ser sorprendidos, era creer en un absurdo.

Pero se tenia tanto miedo á la severidad del rey, que estando él en Valladolid, no habia quien se atreviese á desobedecer las ordenanzas.

Las rondas de los alcaldes se habian además multiplicado, por la presencia del rey en la villa, habia estremado el cuidado de la justicia.

Era necesario no dar el menor motivo de disgusto á un rey que por el mas leve motivo descabezaba á un vasallo, y se sabia además que el rey D. Pedro era aventurero y rondador, amante del peligro y que solia salirse de noche por la ciudad ó villa en que se encontraba solo sin un solo cabo á enamorar, ó á espiar traidores, ó á ver si sus ministros de justicia cumplian bien las leyes, cuidando de que no se cometiesen por la noche esceso. en las oscuras calles.

D. Pedro era un rey completamente romancesco, un rey de leyenda, un rey magnífico.

II

Habia sin embargo en Valladolid, un hombre enamorado, ó ladron, ó aventurero, á quien importaba sin duda muy poco ponerse enfrente de las pragmáticas y de las ordenanzas, y pasar por encima, porque este hombre, que se habia quedado solo en la plaza del Alcázar, cuando al sonar la campana de cubre-fuego se iba retirando la multitud, tomó la vuelta del Alcázar por la calle de la Barbacana, y por el callejon estrecho formado por el muro del Alcázar y el muro esterior de la villa, hácia San Benito, y deslizándose por el costado derecho del monasterio ganó su costanilla, llegó á la encrucijada de la calle de las Brujas y se detuvo delante de la torre del Angel Custodio, que como hemos dicho, guardaba dentro de sí un misterio y

formaba parte de la gran casa del merino mayor de Castilla, Ferran de Sedeño.

III

El hombre de que nos ocupamos, se habia detenido en el ángulo formado por la tapia de un huerto, sobre cuyo ángulo, como hemos dicho ya, descollaba una gigantesca hoguera.

Las dos callejas en cuya encrucijada se habio detenido el incógnito, estaban completamente lóbregas y silenciosas.

Sin embargo, el bulto de aquel hombre estaba opácamente iluminado por el farol que alumbraba la imágen del Angel Custodio; pero de una manera indistinta, porque la espesa niebla inundaba imponderablemente la no muy brillante luz del farol.

La noche era por demás apropósito para una aventura de amor, ó para un crímen.

Las rondas no podian ver sino á muy corta distancia, y sus pasos debian avisar á tiempo al ladron ó al aventurero.

Mas que lo primero parecia lo segundo el incógnito, porque su apariencia, su conjunto era la de un hidalgo rico al parecer, por un no sé qué jóven.

Su traje era de todo punto elegante, y su actitud altiva.

Este hombre levantó la cabeza como para mirar la parte superior de la torre.

Pero esta no podía verse : estaba completamente envuelta por la niebla : se perdia en un fondo lóbrego.

IV

Pero si no se podia ver, se podia oir.

El incógnito sacó de debajo de su manto un laud y se puso á templarlo.

El grave y vibrante sonido del instrumento se alzó fantástico en medio del profundo silencio que envolvia por aquella parte la villa.

Ya hemos dicho que la antigua casa situada frente por frente de la de Ferran de Sedeño, habia venido á menos, y se habia convertido en hospedería.

Un ángulo de la hospedería, en que habia un gran mirador de piedra de un gotico muy rico, correspondia frente por frente á la torrecilla del Angel Custodio.

Al sonar las primeras vibraciones del laud, en la habitacion de la hospedería á que correspondía

el mirador y que estaba completamente oscura, se oyó un prolongado y ruidoso bostezo,

Poco despues, una voz ronca y enérgica, una voz que revelaba á un hombre terrible, dijo :

— ¿ Duermes Rodrigo ?

— Que he de dormir pese á tal, respondió otra voz no menos enérgica, si esta maldita cama tiene mas picos que una montañas ?

— Quisquillosos y quebradizos como damas nos hemos hecho en el largo tiempo que su señoría nos ha tenido en el regalo de Sevilla, y todo nos parece duro. ¿ Pero no oyes ? ¡ Vive Dios que creo que van á darnos música !

— Sí, ya oigo : mejor : puede ser que esa música nos traiga el sueño.

— ¿ Te acuerdas, Rodrigo, del cuento que nos ha contado mientras cenábamos la criada vieja que nos ha servido ?

— ¡ Mala bruja ! hermano Juan, contestó Ro-

drigo, que me puso los pelos de punta con lo de los vestiglos y los fantasmas, que dice que vienen á dar música á la media noche al alma en pena que vive en la torrecilla de enfrente. Y yo tengo para mí que no lo malo de la cama es lo que no me deja dormir, sino que con lo temeroso del cuento no me ha sentado bien la cena.

— ¿ Esas tenemos, Rodrigo ? ¿ Pues no eres tú el que llaman sin miedo ?

— Juan Diente, échame, si quieres, encima un escuadron de vivos, aunque entre ellos vengan los doce pares de Francia, y no me verás ni palidecer ni temblar, y no me enviarán á la otra banda sin que yo me lleve para allá tres docenas de ellos ; pero no me hables de aparecidos ni de fantasmas, porque me verás morir de espanto.

— Pues, Rodrigo, contestó Juan Diente, al que está en la calle le importa muy poco de aparecidos

y muertos, porque tañe muy gentilmente, y yo tengo para mí que ya es bien la media noche, hora en que, segun nos contó la vieja, andan por esa encrucijada las almas en pena.

—¿Y no puede ser muy bien una alma en pena esa que tañe, dijo con cierto estremecimiento Rodrigo Perez de Castro, que asi se llamaba el medroso de las cosas del otro mundo.

—¡Quítate allá! dijo Juan Diente, que las almas en pena no están para música, como no sea de llantos y gemidos, y ese que tañe da contento de oirlo.

—¿Qué haces, Juan Diente? esclamó con apresuramiento Rodrigo Perez.

— Me estoy poniendo las calzas, luego me meteré los borceguíes, despues el sayo, el coleto y el camisote de malla, luego me pondré el almete, me ceñiré el puñal y la espada, me echaré al hombro la maza y me saldré á ver quien es ese que

tañe, y porqué tañe, y como es que se atreve á romper el silencio cuando el rey manda que todos callen y que ni aun se atrevan á estornudar sin su licencia.

— A tí te va á pasar algo negro, dijo Rodrigo Perez, y yo me voy á morir de miedo si me dejas solo.

— Mejor, con eso podremos ver como se le queda la cara á un valiente que de miedo se muere. Pero tienes un remedio, Rodrigo, hijo; vete á hacer compañia á la vieja, que, segun nos dijo, duerme en el desvan, á donde siendo una principal señora la han traido injusticias de jueces sin temor de Dios.

— No me lo digas, que antes de acercarme yo á la tal estantigua soy capaz de atreverme con una legion de trasgos y endriagos. Pero, ¿qué vas á hacer, Juan?

— A abrir la ventana y á ver si no se ha apaga-

do la luz de la imágen, quien es el galan que de una manera tan dulce y con tanta maestría tañe.

Rodrigo Perez de Castro se tapó apresuradamente la cabeza con la cobertura del lecho, temeroso de que al abrir Juan Diente el mirador, se entrase por él algun espíritu maligno.

— Allá debajo se vé confusamente por la niebla, dijo en voz baja y volviendo la cabeza para adentro para no ser oido desde fuera Juan Diente, un bulto, y á fé que es gallardo y bien puesto, y que tiene trazas de caballero, y manto azul á lo que creo, y joyel en el capacete que á pesar de la niebla brilla á la luz del farol de la imágen. Calla, pues ese no me responde, ¿si se habrá traspuesto con el miedo y será menester darle á oler vinagre? Pero ya lo haremos cuando volvamos, que yo no pierdo tiempo, no sea que se escape ese pájaro, que si le cojo, como le cojeré, me contará el misterio del alma en pena de la torrecilla, que yo tengo para mí

debe ser alguna hermosísima dama grandemente guardada por sus deudos. Aquí hay una historia de misterios, y su señoría se alegrará de que su leal Juan Diente se la relate. Pero vamos á cuentas : sí salgo por la puerta, chillará esta al abrirse y puede escapárseme el pájaro. ¿Y á qué mas puerta que este mirador ? en cayendo al suelo estaré á dos pasos de él.

Y sin meterse á pensarlo mas, Juan Diente, salió al mirador, se echó fuera de la balaustrada silenciosamente y se dejó caer á la calle, se doblegó un momento y luego quedó de piés delante del músico.

V

Pero apenas habia sucedido esto, cuando Juan Diente sintió en el costado izquierdo de su cabeza sobre la sien, una cosa fuertemente desagradable.

El músico. sin sorprenderse y sin perder un

instante le habia dado en la parte indicada con el laud, y de tal manera que el debil instrumento se rompió.

Pero tenia tan dura la testa el tremendo Juan Diente, que el golpe no le aturdió ni le hizo sentir otra cosa que una imitacion de fierro.

Con la rapidez del rayo levantó su maza de ballestero hidalgo del rey, que esto era, y le descargó en direccion á la cabeza del desconocido.

Pero se encogió este tan rápidamente, que la terrible arma dió en la tapia y se clavó en ella.

Al mismo tiempo, Juan Diente lanzó un rugido de tigre.

Le habia alcanzado un formidable tajo del incógnito en la cabeza, entre su capacete de hierro y el capellar del camisote de malla que no se habia calado, que si tal hiciera no le sobreviniera tal desventura.

Vaciló, dió dos traspieses y cayó sin sentido.

Tan terrible habia sido el golpe.

Luego el incógnito se inclinó sobre él, le quitó el puñal que con las armas de Castilla cinceladas en el pomo llevaba y le guardó.

Le arrancó la espada, la rompió y arrojó los dos pedazos al suelo.

Luego, con la punta de su puñal describió sobre uno de los sillares del basamento de la torre del Angel Custodio las siguientes palabras :

«Lo que he hecho con el verdugo del rey asesino, haré un dia con ese miserable rey »

Y luego rebozándose en su manto se perdió por un estremo de la calle de las Brujas, ganó el callejon del Muro, llegó á la abadía de San Benito, llamó á un póstigo dando tres leves golpes con el pomo del puñal, abrieron inmediatamente, entró el desconocido y el póstigo volvió á cerrarse.

CAPITULO IV

DE COMO SOBREVINO UN ALCALDE DE CASA Y CÓRTE QUE COMPRENDIÓ QUE AQUEL ASUNTO MERECIA LA PENA DE DESPERTAR AL REY.

CAPITULO IV

DE COMO SOBREVINO UN ALCALDE DE CASA Y CÓRTE QUE COMPRENDIÓ QUE AQUEL ASUNTO MERECIA LA PENA DE DESPERTAR AL REY.

I

Rodrigo Perez de Castro se desimpresionó cuando á través de la cobertura que le envolvía la cabeza oyó los golpes que abajo resonaron y el rugido de tigre que habia lanzado Juan Diente.

—No, pues ,no, dijo, los duendes, los trasgos, los vestiglos matan de pavor, pero no pegan, porque son espíritus incorpóreos, así á lo menos noslo

ha predicado cien veces el respetable capuchino el padre Barbadillo, el que se recortaba cada ocho dias la barba para no pisársela. Algo no muy sabroso le ha acontecido al hermano Juan, y no está bien que siendo yo tan su camarada me quede yo en el blando lecho, que bien pudiera serlo, mientras él acaso yace sobre la dura y húmeda tierra.

Y sin esperar á mas, el bravo Rodrigo Perez de Castro saltó de la cama en ropas menores, se abalanzó al mirador, se asomó á su balaustrada y le pareció ver en la calle algo informe, que se asemejaba á un cuerpo humano tendido é inmóvil.

Sin meterse á considerar nada, ni lo helado del viento que corria, ni la poco decente ligereza de sus ropas, Rodrigo Perez se metió para adentro, buscó á tientas su espada, la desenvainó, se fué al mirador, cojió la espada con los dientes por el pomo, se soltó y se dejó caer á la calle, viniendo á

quedar de pié junto al cuerpo inmóvil de Juan Diente.

Quitóse de la boca la espada Rodrigo, se inclinó, llamó lleno de ansiedad á su amigo: como este no le contestase se irguió y blandiendo feroz la espada miró á todas partes como ansiando encontrar alguien á quien hacerle pagar la mala aventura de su camarada.

Pero solo vió en primer término una niebla espesa que reflejaba la escasa luz del farolillo del Angel Custodio, y mas allá la sombra densa.

II

De improviso entre aquella sombra, por la parte de la costanilla que terminaba en el Alcázar, apareció entre la oscuridad rodeado de una aureola grís la llama rojiza de una acha de viento.

— ¡ Cuerpo de Dios ! esclamó Rodrigo Perez de

Castro, que ya seais almas del otro mundo, ya hombres de carne y hueso, y que hayais hecho ó no la mala obra que ha tendido á mi amigo Juan, me la vaís á pagar.

A cuyas voces, que voces habia dado para decir esto Rodrigo Perez, contestó otra voz enérgica que dijo:

— Téngase allá el que fuere á la justicia de Dios y del rey.

Suspendió su acometida á que ya se habia lanzado Rodrigo Perez, quedóse inmóvil y dijo:

— Venga en buen hora la justicia del rey mi señor, para socorrer á un leal servidor de su señoría, y para buscar al asesino que le ha maltratd

III

Habian llegado entre tanto á donde Rodrigo Perez estaba, un soldado que tenia en la mano

una antorcha y con él otros cuatro soldados con partesanas; y en medio de ellos un señor grave con capacete negro bordado de plata, y manto rojo con borlas de oro, en el cual reconoció Rodrigo Perez al señor Illan de Santa María, uno de los alcaldes de la casa y córte del rey que siempre le acompañaba, y que habia salido á hacer la acostumbrada ronda.

Conoció, en cuanto le vió, á Rodrigo Perez, y le dijo:

—¿Cómo es que os encuentro aquí á tal hora tan desabrigado y poco honesto, espada en mano, dando voces y descompuesto de ira?

—Mala pena para mis pecados, señor Illan de Santa María, dijo Rodrigo Perez que temblaba de cólera, si no es esto para desesperar á un santo. A Juan Diente le han herido y maltrecho, y está ahi mas allá, que ni habla ni menea pié ni mano, y le sale de la cabeza la sangre como de una fuente.

— Os estuvierais quietos en vuestra posada, sin meteros á correr aventuras, dijo severamente el señor Illan de Santa Maria, que tenia cara de hombre duro y poco sufrido, y no os acontecieran tales desventuras. Pero ya que han acontecido veamos de socorrer al señor Juan Diente si es que no le han muerto.

— Espero que no, dijo Rodrigo Perez, pues tan agarrada tiene la vida mi amigo Juan, que no se la arrancarán á tres tirones. En Nájera se le vino encima todo un andamio con el que asaltábamos el muro, y buscándole le encontramos al fin debajo de treinta muertos con la cabeza metida entre dos maderos. Creíamos que se le habia llevado el diablo y á los ocho dias no se hartaba de comer sopas, y á los quince un solomo de jabalí era para él una bicoca; y ni aun señales le quedaron del aporreo.

— Pues de esta vez la cosa es muy seria, dijo el

señor Illan de Santa María, porque le han metido un tajo que no parece sino un golpe de hacha de boca grande. Ved como podeis cojerle la sangre, amigos, que el rey sentiría mucho perder un tan leal servidor.

Y como no hubiese lienzo para cojer la sangre á Juan Diente. Rodrigo Perez, para acabar mas pronto, rasgó su camisa y la entregó á los soldados, quedándose en la disposicion que puede considerar el curioso lector.

— ¡Tomad, tomad, dijo el señor Illan de Santa María quitándose el manto y entregándolo á Rodrigo Perez, que á mas de ofender vos la vista podeis ser tan ofendido por este finísimo viento y esta niebla que moja que no la sentís ; y abrigaos y corred á vuestra posada, y enviad á vuestros compañeros con algunos colchones en que podamos conducir al Alcázar al señor Juan Diente, y vestíos vos como es debido para acompañarnos, y

contar á su señoría lo que supiereis, que aunque su señoría duerme no nos perdonaría el no haberle despertado para darle cuenta de este suceso.

Rodrigo Perez se fué á la cercana puerta de la posada, llamó á grandes golpes, abrieron, y entró.

IV

Entretanto los cuatro soldados que componian la ronda del señor Illan de Santa María, habian cojido la sangre de Juan Diente, y se la habian cojído bien, porque por fortuna uno de los soldados antes de serlo, habia sido barbero, sacamuelas y aprendiz de cirujano.

Y cuando estuvo hecha esta primera cura, aquel sabio declaró gravemente que aunque para los ignorantes la herida del señor Juan Diente parecia muy grave, para los prácticos como él en el arte

de curar no lo era tanto, y que él por su parte aseguraba que antes de tres semanas el señor Juan Diente podria beberse sin cuidado alguno una pinta de vino y comerse medio buey.

—¿Qué es lo que decis, hermano Costurilla, dijo otro soldado, pues no veis que la sangre ha salido con tal furia que ha saltado hasta la pared de enfrente?

—Manchas son esas de la humedad, señor Corbacho, contestó el semi-cirujano, mirando al lugar en que se fijaba la mirada de Corbacho en el muro del basamento de la torre del Angel Custodio.

—¿Qué manchas de humedad decís? Hacedme la merced, señor Longinos, añadió dirigiéndose al soldado que tenia la antorcha.

Y como este se acercase al muro y alumbrase, Corbacho dijo:

—Sangre, y muy sangre, amigo.

— Es verdad, dijo el señor Illan de Santa María, pero aqui hay algo mas que sangre.

Junto aquella mancha roja y fresca el alcalde habia leido:

« Lo que he hecho con el verdugo del rey asesino, lo haré un dia con ese miserable rey. »

Eran las palabras que habia escrito en la piedra con la punta del puñal de Juan Diente, el que á Juan Diente habia tratado de una manera tan terrible.

— ¡ Traicion ! esclamó el señor Illan de Santa Marta. Es necesario que el rey sepa esto, pero sepamos. ¿ Sabeis vosotros leer ?

— No señor, contestaron á coro los cuatro soldados incluso el sabio, lo que en aquellos tiempos no tenía nada de estraño, porque solo los hombres que habian cursado en aulas sabian leer y alguno que otro magnate, y no todos muy de corrido. La ciencia, de que era la primera puerta la

lectura, estaba escondida y como secuestrada en las universidades y en los conventos.

Tranquilizose el alcalde, aprendió de memoria lo que en la piedra estaba escrito y dijo á Longinos:

— Corred esa sangre sobre esos garabatos que ahí veis, y borradlos, porque solo con sangre debe borrarse lo que esos garabatos dicen.

Hízolo así Longinos, y como á este tiempo hubiesen salido algunos ballesteros de maza y sus criados trayendo un colchon y algunas mantas, precedidos por Rodrigo Perez de Castro, que ya se había vestido y los habia informado mientras se vestia y se vestian ellos del suceso, pusieron sobre el colchon y cubrieron con las mantas á Juan Diente, y siguiendo al alcalde que habia mandado recoger la maza y la espada rota del ballestero, le encaminaron al Alcázar.

— ¿ Pero no haceis por encontrar al asesino ?

dijo Rodrigo Perez al señor Illan de Santa Maria.

— Buscar á un hombre entre las sombras de esta noche tenebrosa, dijo el alcalde, sería lo mismo que buscar un alfiler entre una montaña de paja. Basta con que yo me lleve los pedazos de un laud roto, que he encontrado en el suelo. Respetad lo que yo hago, callaos y vamos á ver á su señoria y á darle parte de este estraño suceso.

CAPITULO V

LA HERMOSA DONCELLA ÁRABE.

CAPITULO V

LA HERMOSA DONCELLA ÁRABE.

I

Una lámpara de alabastro iluminaba blandamente un retrete maravilloso.

Aquel retrete, aunque magnífico por su riqueza y por su belleza, es pequeño.

Como que está contenido en la parte alta en el tercer cuerpo de la torrecilla del Angel Custodio.

Se admira en él un lujo verdaderamente oriental.

Un lujo que era muy comun en aquellos tiempos entre la gente noble y rica de Castilla, á la que proveian los mercaderes moros y judíos.

Sobre la riquísima alfombra granadina, de seda y lana, de vivos colores y de preciosa labor, se veia á los piés de un divan, cuyos almohadones eran de damasco azul, recamados de plata, una gigantesca piel de leon rojo del Atlas, que conservaba la cabeza con sus lucientes y terribles ojos, y sus blancos y afilados dientes, y las curvas y fuertes garras.

Jarrones de rica porcelana árabe, dorados, esmaltados, ricos, de admirables arabescos, y cargados de flores, se veian en los ángulos sobre pedestales de admirable jaspe rojo de Sierra-Elvira.

Un gran pebetero ó braserillo de plata cincelada y de una labor grandemente artística, producia un blanco y trasparente humo, que inundaba el retrete de un perfume delicioso.

Almohadones semejantes al del divan se veian en

en derredor del retrete, y sus paredes labradas de menuda y caprichosa ataujia, doradas y matizadas caprichosamente, sostenian una cúpula que parecia un cielo estrellado, y de cuyo centro pendia, de una cadena dorada, la lámpara de alabastro, que de una manera blanda y casi fantástica iluminaba aquella pequeña estancia, digna de una hada.

Al frente del divan se veian las tres pequeñas ventanas, graciosamente ogivas, cerradas por espesas y labradas celosías de alerce, y en los muros de los costados se veia en cada uno una pequeña puerta de cedro labrada con una maravillosa laceria.

La una de las puertas daba sobre la parte superior de una estrecha escalera de caracol, y estaba cerrada.

La otra puerta que estaba abierta, conducia á un dormitorio.

II

Pero mas hermosa, mas resplandeciente, mas fantástica, mas franca y mas pura que aquel admirable retrete, era una jóven dama que estaba reclinada en el divan, apoyada la bellísima cabeza en un admirable brazo desnudo, y profundamente triste y pensativa.

Tenia abandonado el otro brazo sobre un laud de marfil, con cuerdas de oro y preciosas incrustaciones.

Sus largas trenzas negras caian en un hechicero abandono sobre el divan.

El traje de esta jóven era muy sencillo.

Una túnica de lana blanca, de finísimo casimir cuya suelta plegadura dejaba ver las formas del admirable cuerpo que vestia, dejando descubiertos los brazos, y la garganta y los hombros.

Un abultado turbante ó toca, tambien de finísima lana azul, envolvía la cabeza de la dama.

Dos grandes arracadas de oro, perlas y rubíes, pendian de sus pequeñas orejas, hasta tocar la dulce curvatura de sus hombros: el ceñidor azul de lana, como la toca, que rodeaba su breve cintura, estaba sujeto por un broche de pedrería; un largo collar de triples vueltas de gruesas perlas, rodeaba su garganta y caia sobre su seno, apenas cubierto por un finísimo cendal de lino, y en sus brazos, y sobre sus pequeños piés, se veian dobles ajorcas de oro, guarnecidas de rubíes y perlas.

Así se hubiera podido soñar á la hermosísima esclava favorita del rey moro de Granada, enamorada de su señor y esperándole.

Aquella doncella, que tal lo parecia, pero un no sé qué misterioso, espiritual, purísimo, que de ella emanaba, era á todas luces una de esas hermosísimas hijas de las razas de Oriente, cuyo tipo acrecia en

belleza y en seduccion al aclimatarse en España especialmente en las encantadas regiones de Andalucía, en ese oasis incomparable, en ese jardin de delicias que se llama tierra de Granada.

III

Los ojos garzos, de pupila negra, de esta doncella hermosos, nobles, altivos, poderosos, graves, dulces y terribles á la par, guardaban dentro de sí el misterio de una vida poderosa: brillaba á través de su limpido fondo, un alma ardiente, un alma de fuego, un volcan.

Su mirada fija é inmóvil era suprema, inmensa.

Espresaba no sabemos qué.

Amor, contrariedad, cólera, deseo, protesta, amenaza.

Indudablemente aquella jóven era muy desgra-

ciada, inmensamente desgraciada, y no se resignaba á su desgracia: luchaba con ella.

IV

¿Era esta doncella la que, segun algunos, asomaba á una de las ventanas de la torrecilla del Angel Custodio durante las noches de luna, su semblante pálido, mas pálido aun que el planeta, hácia el cual levantaban sus ojos una mirada grave, intensa y profunda?

Sin duda, ¿quién otra pudiera ser ?

La palidez mate de su semblante era intensa, como la que puede suponerse en un hermosísimo espectro, en un espectro que pudiese helar la sangre de quien lo viese de improviso á la luz de la luna, de amor y pavor á la par.

Todo en ella marcaba un alma apasionada, fuerte, enérgica, incontrastable, terrible.

Y al par todas las dulzuras, todos los esquisitos sentimientos, todas las delicadezas de una mujer hermosa de alma y cuerpo, y en la primera flor de la juventud.

Apenas si se podian atribuir á aquella criatura diez y seis años.

Y sin embargo estaba magnificamente desarrollada, y con un admirable lujo de formas.

Fídias hubiera contemplado con calor á una mujer semejante.

Se hubiera sentido vencido por ella, ese incomparable artista.

Y por acrecer su gloria de escultor, Fídias se hubiese apresurado á copiar aquella obra de Dios.

V

Como hemos dicho, la hermosa estaba inmóvil, entre reclinada y tendida en el divan, apoyando en

su mano la cabeza, y con la mirada fija y profunda, en que aparecia una espresion enérgica de contrariedad y de impaciencia.

Sonó muy cerca, proviniendo de la Abadía de San Benito, el toque de cubre-fuego.

Las primeras, vibrantes y lentas, y graves campanadas pasaron desapercibidas para la jóven.

Pero al fin levantó la cabeza, oyó el toque y se estremeció poderosamente.

En sus ojos apareció una espresion de ira sombría.

— Siempre esa campana, dijo, que llama á los condenados cristianos á la oracion y al reposo: siempre, despues que ha callado esa campana, el... el infame... y despues... ¡ Oh ! esta noche *no habrá despues* para mí: ha llegado á la villa el rey, este terrible rey !... ¿Y qué me importa que venga ó no venga esta noche, alejado por el temor de estar en los mismos lugares en que está su enemigo? ¿Amo

yo acaso á ese tenaz caballero, que arrostra por mí todos los peligros, y que no deja pasar ni una sola noche sin venir á darme música? Para mí eso no es mas que una esperanza de libertad: líbreme de mi esclavitud, lléveme á mi reino de Granada, cuando esté en mi retrete de la Alhambra, habrá de contentarse con los tesoros que le dé mi padre, en premio de haber salvado á su hija mas querida.

VI

Por estas palabras sabemos que la hermosa doncella era hija, y una hija queridísima del rey de Granada, Mohamed V, el izquierdo ó el zurdo, gran amigo del rey D. Pedro, y su aliado.

¿Cómo una hija del rey moro de Granada habia ido á parar á la torrecilla del Angel Custodio, donde se la guardaba como una esclava?

Eso lo sabremos mas adelante.

Al ponerse de pié la jóven, dejó ver su alta estatura, su maravillosa esbeltez, y una magestad indudable en su actitud, en la inflexion encantadora de su sér al moverse, al andar, al detenerse.

Porque mas de tres veces adelantó y se detuvo la jóven infanta de Granada, que ya sabemos que lo era, antes de llegar al frente donde estaban las ventanas.

Al fin abrió la celosía de la del centro, y miró á la estrechísima calleja.

La niebla hacia que el reflejo del farolillo del Angel Custodio se percibiese apenas.

Zumbaba aun el lento, el grave toque de cubrefuego.

— ¡ Oh ! dijo: la noche está oscura y fria como mi alma; pero no como mi alma inquieta: ¿porque siento una opresion y una tristeza que nunca he sentido? Esta impaciencia no es por la llegada

de Enrique, que sé que no vendrá. ¡Oh! ¡yo agonízo! ¡yo muero!

Y la jóven se inclinó y apoyó su frente calenturienta en el alfeizar de la ventana.

CAPITULO VI

LOS ESTRAÑOS AMORES DE FERRAN DE SEDEÑO.

CAPITUL O VI

LOS ESTRAÑOS AMORES DE FERRAN DE SEDEÑO.

I

Así, inmóvil, con la cabeza inclinada, insensible al viento helado que agitaba los estremos de su toca, permaneció la jóven sin apercibirse de nada.

Habia cesado el toque de cubre-fuego.

Pero otro ruido menos perceptible se dejó sentir cuando hubo cesado el sonoro toque de la campana.

Aquel ruido sordo, alternado, que se acercaba, que

crecia, como avanzando, de abajo á arriba, provenia de la escalera de caracol, que terminaba en una de las pequeñas y labradas puertas del retrete.

Era el ruido de los pasos de un hombre que se detuvieron inmediatamente detras de la puerta.

La jóven permanecia inmóvil, inclinada la cabeza, doblegado el cuerpo, sin apercibirse de nada.

Al fin un ruido áspero, chirriante, al descorrerse uno tras otro tres cerrojos y el crugimiento de tres llaves en otras tantas cerraduras, la sacaron de su inmovilidad.

Se irguió y fijó una mirada atenta, grave, sombría y amenazadora á la par en la puerta.

Esta se abrió y apareció un hombre.

II

Este hombre, por su aspecto y por su traje, parecia muy hidalgo, muy caballero.

Era alto y rígido, enjuto, pálido como un muerto, y de mirada fija, aviesa y penetrante.

Parecia contar como cuarenta y cinco años.

Vestia un largo sayo, ó sotana, de terciopelo negro, cerrado por una hilera de botones de oro con bordaduras de lo mismo,

Sobre los hombros, hasta la mitad del brazo, llevaba una especie de esclavina roja, con largo capuz á la espalda.

En la cabeza un birrete negro, tambien de terciopelo, y bordado de oro.

Por una abertura del sayo, á la izquierda, salian los dobles tirantes dorados que sostenian una espada ancha y corta, con empuñadura y contera de oro, de forma árabe.

Las mangas eran ceñidas y tambien de terciopelo.

Las calzas, que se veian desde media pierna abajo, eran rojas, y los borceguíes de punta larga y

retorcida de terciopelo negro, cerrados con cordones de oro.

El traje era sencillo y rico, pero al mismo tiempo sombrío y estraño.

Aquel hombre, con aquel traje, con su semblante largo, flaco, lívido, con sus ojos grandes y negrísimos, de mirada torva, y con la larga cabellera cana que le caia lácia en mechones sobre el pecho y en melena sobre la espalda, con la barba cuidadosamente afeitada, con la rigidez de su actitud, tenia mucho de la apariencia de un demonio que hubiera tomado una forma humana.

III

Llevaba en la mano una cesta cubierta por un paño blanquísimo.

Al entrar miró profundamente á la jóven, y lució en sus ojos una chispa opaca, de repugnante deseo.

Luego adelantó hácia el divan, se sentó en él, dejó la cesta sobre la piel de leon, tomó el paño blanco, le estendió sobre el centro del divan, arrojando para ello la guzla, que al caer produjo un gemido sonoro, y luego sacó de la cesta algunos fiambres en vajilla de plata, un cubierto de oro y pan candeal, del que partió algunos pequeños pedazos.

En la cesta habian quedado dos magníficos jarros de plata, el uno con agua, el otro con vino, y una gran copa de oro de forma gótica.

— He aquí que aun te sirvo, dijo aquel hombre, que no era otro que el merino mayor de Castilla Fernan de Sedeño. He aquí que aun te oculto; pero es necesario que esto concluya, yo ando, yo muero por tí, yo estoy desesperado; yo te adoro, es necesario que partamos, que nos pongamos en las montañas de Navarra, en mi castillo de Belmonte, en seguridad de ese terrible rey, que al verme me ha

encontrado gordo, cuando tu rigor me ha enflaquecido, me ha postrado. El rey viene matando nobles, ha empezado su carnicería de este año despedazando á su hermano, el maestre de Santiago, D. Fadrique, y á su primo el infante D. Juan. Su ferocidad es ya una locura : su mirada fija en mí, me devoraba. Tengo miedo, es necesario huir.

— ¿ Y qué me importa? contestó la jóven, que permanecia en la misma actitud, erguida y brava, que habia tomado al sentir el ruido de las llaves en la puerta. ¿Qué me importa que el rey D. Pedro te despedace ó no, como ha despedazado á su hermano y á su primo ? Huye en buen hora, yo no te seguiré sino por la violencia, y al salir de aquí, al estar en la calle, gritaré, pediré socorro.

— ¡ Ah ! no gritarás, no gritarás, yo te lo aseguro, dijo Ferran de Sedeño, en cuyos ojos ardió un sombrío relámpago de cólera.

— ¡ Ah ! sí, contestó la jóven, tú eres un lobo, un

hombre cruel, un juez de corazon de hierro, acostumbrado á atormentar desdichadas criaturas, á romperlas los huesos, á devorarlas lentamente, como devoran los lobos. Pues bien, mátame, yo no té seguiré.

— Eres mi esclava.

— Me has comprado al infame castellano que me encontró cuando huia de la alquería del rey moro, mi padre, en la Sierra de Moclin, que habia sido sorprendida en una horrible noche de tormenta por los cristianos fronterizos. Has comprado mi cuerpo, pero no mi voluntad, no mi alma ; me matarás, pero jamás seré tuya ; no, no, antes mil muertes horribles.

— No te mataré y serás mia.

— ¿Te han prometido hechizarme? dijo sonriendo con una despreciativa ironía la jóven.

— Mi amor es tal, tan terrible, tan inmenso, que

al fin acabará por enloquecerte. ¡Ah! un amor como el mio abrasa cuanto toca.

— Sí, en el fuego de la ira y del desprecio. ¿Se puede amar lo horrible? Tú eres un cadáver viviente, cuyas entrañas corroe el gusano de la corrupcion.

— Me amarás, aunque para lograr que me ames me vea obligado á vender mi alma á Satanás.

— Satanás tomará tu alma y no te dará la mia, porque mi alma es de Dios.

— O de un hombre, esclamó con furor concentrado y trémulo de cólera Ferran de Sedeño. De ese hombre, que de tiempo en tiempo viene á darte música, que de tiempo en tiempo habla contigo desde una ventana alta de la casa de las Brujas. ¿Y sabes tú por qué no he hecho yo pedazos á ese hombre?

— Porque le temes, porque sabes que todos los que se han acercado al pié del muro, sobre que se

levantan esas ventanas, han sido maltratados por él, cuando no muertos.

— Yo no temo nada, nada del rey abajo, porque yo soy otro rey de Castilla, contestó en un arranque de infinita soberbia Ferran de Sedeño; ni me espanta por valiente, ni le respeto por poderoso; pero hay tres grandes razones para que yo respete su vida y su libertad.

— ¿Y qué razones son esas? dijo con sarcasmo la jóven; deseo conocerlas por estrañas.

— La primera razon es que tú le amas.

— Pues esa razon es falsa.

— Tú, cuando él llega, cuando él tañe, cuando él canta, abres una ventana y asomas á ella tu hermosísima cabeza, inclinas sobre la calle tu semblante pálido, y muchas veces la luna, llena y clara, permite á ese hombre ver que tú le miras con ansiedad.

— Como miramos con ansiedad las esclavas á

todo aquello que creemos puede procurarnos la libertad, la libertad, sí; yo puedo echar á la calle un cordon, él puede atar á ese cordon una escala, puete de subir...

— ¡Ah! eso no ha acontecido aun, esclamó Ferran de Sedeño; no acontecerá: desde que suena el toque de cubre-fuego, hasta que suenan las Ave-Marías del Alba; desde que quedan solitarias las calles, hasta que vuelven á transitar las gentes, yo no duermo, yo no reposo, yo velo, yo estoy atento en la ventana de las escaleras, oculto en la sombra, esperando á que ese hombre venga, y observándole cuando ha venido, ¿y tú no le amas.?

— No, el hombre á quien amo, no le conozco aun.

— ¿Y qué hombre es ese? esclamó con un acento semejante á un rugido, Ferran Sedeño.

— Ese hombre es un sueño de mi fantasía.

— ¡Ah! tu amor es todavía deseo de amar.

— El corazon me dice que ese deseo va á realizarse muy pronto.

— ¡ Oh ! no, no te verá nadie ; yo cerraré esas ventanas, las clavaré, te dejaré en una perpétua noche. Si la curiosidad vuelve á impulsar á otro hombre á arrostrar el terror que infunde la casa de las Brujas para subir á su ventana mas alta y verte de cerca desde ella á la luz de la luna, solo encontrará una ventana cerrada, una ventana cruel, que tú no podrás abrir para dejarte ver. Pero, qué digo, no clavaré esas ventanas, no te reduciré á una eterna noche, porque es necesario que huyamos. El rey me causa un temor frio; he visto en sus ojos la muerte.

— ¡ Ah ! el rey no te matará, porque el que es cruel ama á los que son crueles como él.

— El rey quiere que nadie en sus reinos mas que él sea cruel y sanguinario. ¡ Ah ! el rey me matará. Es necesario huir, y huir pronto.

— ¿Y no temes que si el rey se ha propuesto matarte, le irritará de tal manera tu fuga, que enviará á uno de sus ballesteros para que te busque y te mate allí donde te encuentre? ¡Ah! créeme, tu temor es hijo de tu conciencia, sabes que mereces la muerte y la temes. No huyas, porque huyendo la encontrarás mas pronto.

— ¡Ah! tú mientes cuando dices que no amas al conde D. Enrique Coronel.

— ¡Ah! volvemos á mi amor á D. Enrique, á ese amor, que segun dices tú, yo le tengo, y que de una manera tan estraña hace que tú respetes su vida.

— ¡Ah! sí, porque yo conozco tu alma, porque sé que es de fuego, porque sé que si pudieras tú amar, moririas, y yo no quiero que mueras, yo te adoro.

— ¡Ah! hé aquí que ya conocemos una de las estrañas razones de tu respeto á la vida del conde D. Enrique. Veamos las otras dos razones.

— El conde es una fiera y mantiene el terror que rodea á la torrecilla del Angel Custodio.

— ¡Ah! tú estás loco, me crees enamorada del conde D. Enrique, y sin embargo, temes sobrevenga alguno que me conozca y de quien yo me enamore.

— Temo que te vea alguno, que lleve la noticia de tu hermosura al rey.

— No te comprendo; si no quieres que nadie me vea, ¿por qué no me sepultas en un calabozo escondido debajo de la tierra? ¿Por qué, á lo menos, como me tienes encerrada durante el dia en mi dormitorio, no me tienes encerrada siempre?

— Porque amas el cielo, y las nubes, y la luna; porque quiero que, á lo menos, por las noches puedas estender tu mirada por la inmensidad, respirar el aire libre.

— ¡Ah! gracias, tus cuidados son bien estraños;

veamos la tercera razon de tu respeto á la vida de ese jóven.

— Ese jóven es el enemigo mas terrible del rey.

— ¡ Ah ! sí : ¿ y por qué?

— ¿ No te ha contado él su historia?

— No, él no me ha dicho otra cosa, sino que está en desgracia del rey, y que se oculta, pero no me ha dicho dónde, ni por qué; y cuando yo le he preguntado, me ha respondido: — « Perdonadme, señora mia, pero ni á vos, que sois mi alma, ni á nadie que no me conozca, contaré la historia que provoca mi venganza, hasta que mi venganza se cumpla. »

— D. Enrique Coronel, dijo Ferran de Sedeño, con la entonacion de quien empieza un relato, tenia una hermana... Pero cena, mientras cenas, te contaré la historia de la hermana de D. Enrique Coronel.

La jóven se acercó al divan, se sentó en uno de

sus estremos, y se puso á cenar con muy buen apetito.

Ferran de Sedeño entretanto la miraba absorto, extasiado, pálido, trémulo.

Ella continuaba cenando, como si hubiese estado absolutamente sola.

Al fin, levantó la cabeza, miró de una manera impasible á Ferran de Sedeño, y le dijo:

— Espero la historia de la hermana de D. Enrique Coronel.

En aquel momento se oyó partiendo, desde el fondo de la calle, la vibracion de un laud.

— ¡Ah! él, esclamó Ferran de Sedeño. Sí, sí, ya es hora; hace mucho tiempo ha sonado el toque de cubre-fuego, yo no le esperaba esta noche. ¿Cómo creer se atreviese á darte música estando en la villa el rey, su terrible enemigo, y á poca distancia del Alcázar?

IV

En aquel momento se oyeron en la calle golpes y voces, y un rugido como de un hombre que cae herido de muerte.

Era el momento en que, como sabemos, el músico tendia á sus piés al terrible Juan Diente, y escapaba.

Ferran de Sedeño se asomó á la ventana, miró á la calle, permaneció allí algun tiempo, y luego escapó, descendiendo rápidamente por las escaleras, y olvidándose de cerrar la puerta.

Aquello no habia acontecido nunca desde que Ferran de Sedeño tenia en su poder á la jóven infanta mora.

Esta no perdió un instante, vió un resquicio de esperanza para obtener su libertad, cogió el cuchillo que le servia para cenar, ganó la puerta, y se deslizó rápidamente por las escaleras.

CAPITULO VII

EL SEÑOR REY D. PEDRO.

CAPITULO VII

EL SEÑOR REY D. PEDRO.

I

Aun no contaba veinte y seis años.

Sin embargo, una aureola roja rodeaba sus rubios cabellos.

Era hermoso, pero terrible.

Su blancura tenia algo de la palidez de la cólera.

Era mate é intensa.

Sus ojos de un azul bajo á que se mezclaba una

ligera tinta verdosa, con las púpilas negras y chispeantes, tenian algo de los ojos del tigre.

Pero estos ojos de fiera, grandes, redondos, espresivos, fijos, terribles, sabian sonreir y enamorar.

Cuando ninguna oleada de furor, cuando ninguna espresion reconcentrada y fria de sangre y muerte hacia lúgubres y espantosos á aquellos ojos, eran dulces, bellos, fascinadores.

Se comprendía entonces que el rey D. Pedro pudiese ser amado hasta la locura por una vírgen de alma dulce y tímida.

Y era que el sentimiento de lo bello ardía en el alma del rey.

Era que le sofocaba la sed de todas las sensualidades candentes, dulces y poéticas.

Era que su alma dormia un sueño de voluptuosidad, y cuando las ágrias, las ásperas, las repugnantes materialidades de la vida le despertaban,

del fondo de su terrible corazon se sublevaba la cólera, y un vapor de sangre que subía á su cabeza, le embriagaba.

Y entonces, si encontraba delante de sí un traidor ó un miserable, mataba.

Mataba de una manera cruenta, irascible, ejecutiva.

Arrojaba un magnate ó un judío á sus ballesteros, y muchas veces él daba el primer golpe.

Le venia de raza.

Lo mismo habia hecho su bisabuelo Sancho el Bravo.

Lo mismo habia hecho su abuelo Fernando IV, emplazado por los hermanos Carvajales.

Lo mismo habia hecho su bravo padre el rey D. Alonso el onceno.

Todos habian alentado con la terrible sangre del rey D. Alonso el Sabio.

Matar, matar, y siempre matar.

Hé aquí la sombría, la terrible política de los reyes de la edad media.

Y no era suya la culpa.

La culpa pertenecia á su tiempo.

Aquella era una edad de hierro, y no se podia gobernar sino con el hierro.

Las dos aristocracias de la sangre y del oro, esto es, los ricos hombres y los judíos, mantenian vivas la rebeldía y la dilapidacion.

Pretendian devorarlo todo, y se unian casi siempre en una infame alianza para dominar al rey.

Y el rey que no se avenia á ser dominado, anulado, reducido á la condicion de un régio esclavo, se veia obligado á rechazar y reprimir la infamia con la fuerza.

Y mataba, mataba y mataba.

Pero como si la traicion y la avaricia hubieran sido

una hidra, por cada cabeza que el rey cortaba al monstruo le nacian ciento.

II

El esterminio se habia hecho una costumbre para aquellos terribles reyes.

A fuerza de ver la muerte, se habian familiarizado con ella.

Su trono flotaba sobre un mar de sangre.

Sangre, cuando cabalgaban en batalla por la patria contra los moros ó contra los enemigos fronterizos.

Sangre en la paz, para rendir á los magnates rebeldes.

Siempre sangre.

Y luego la creencia de que Dios habia delegado en el rey el derecho de vida y muerte.

El feudalismo era negro y rojo.

Lo que hace fuertemente dramático todo lo que se refiere á los tiempos feudales.

III

D. Pedro era un fruto de su tiempo y de su raza.

Por lo mismo es necesario buscar el caracter particular del rey, debajo del carácter general que habia impreso en él su destino.

IV

La historia no se ocupa mas que de hechos, pero de los hechos resulta el carácter de los personages históricos.

D. Pedro I de Castilla era un hombre muy avanzado á su tiempo.

Avanzado por lo menos en dos siglos.

Él pensó hacer lo que dos siglos despues hicieron los reyes católicos.

Robustecer, consolidar, constituir sobre fuertes fundamentos, la preponderancia del poder real, unificar los fueros de España, y matar la rebeldía de la alta nobleza y del alto clero, apoyándose en la clase media y en el pueblo, esto es, en la nobleza y en el clero de segunda órden y en el municipio.

D. Pedro, sin saberlo, era un hombre de progreso, un hombre de reforma.

Esto nacia de la irritacion que le causaba la insolencia y los hábitos de rebeldía de la alta nobleza y de los prelados.

Y como estos señores á la par que se atrevian al rey, menospreciaban á la baja nobleza y vejaban al pueblo, D. Pedro hacia causa comun con estos últimos.

Y mataba y mataba, magnates para imponerles

respeto por el terror, y favorecia á las clases medias, á todos los que eran enemigos de aquellos altos señores, de aquellos pequeños reyes.

Pero la organizacion feudal era todavia demasiado fuerte y rechazaba duramente las reformas.

D. Pedro no era otra cosa que un anuncio de la edad nueva, en que el derecho, si quiera fuese otorgado debia prevalecer sobre la violencia,

De aquí la guerra á muerte á todo trance, que D. Pedro sostenia contra la aristocracia de su tiempo.

De aquí las cruentas ejecuciones de nobles, hechas de una manera airada en uno y otro gran señor.

De aquí el dictado de Cruel que sus contemporáneos dieron á D. Pedro y que le ha conservado la tradicion.

El gran Lope de Vega hizo en cuatro versos el

retrato moral del rey D. Pedro, por una de sus faces.

« Violento y antojadizo,
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él : »
Fué su tiempo quien lo hizo.

No se puede decir mas en menos palabras.

D. Pedro fué un hombre de reforma avanzado á su tiempo.

Por lo mismo fué un hombre de lucha.

Corria por sus venas la sangre de una raza brava y terrible, era una fiera, hijo y nieto de fieras, y al luchar despedazó.

Era una consecuencia que no puede conocerse bien si no se conocen las causas que la produjeron.

Pero fuera de la situacion de combate en que le habia colocado su destino, en los momentos de reposo que le dejaban la rebeldía de los nobles, D. Pedro, entregado á su caracter natural, era

dulce, galante, apasionado por lo bello, y todo esto envuelto en un poético espíritu caballeresco.

Su pasion por lo bello le conducia algunas veces á restaurar y concluir Alcázares como el de Sevilla, y otras al empeño tenaz por una mujer hermosa.

Esta era la primera y mas funesta pasion de D. Pedro, que le produjo terribles enemigos injuriados en sus hermosas parientas.

Sin los escesos de la voluptuosidad de D. Pedro tal vez conservando á su lado gran número de hombres de gran valia, hubiera llevado á cabo la gigantesca idea política que habia concebido.

Para esto se necesitaba una voluntad de hierro.

D. Pedro la tenia hasta la exageracion, y lo que para otro mas prudente hubiera sido un elemento precioso, fué para él un inconveniente terrible.

Querer y obtener, hé aqui el espíritu de Don Pedro.

Cuando no obtenia inmediatamente lo que quería, se irritaba, y cuando se irritaba era terrible hasta el punto que puede serlo una criatura humana.

Lo que habia encontrado cuando por la muerte de su padre en el cerco de Gibraltar ciñó, niño aun, las coronas de ambas Castillas, de Leon, de Asturias y de Galicia, de las Estremaduras y de la Andalucía, no era lo mas á propósito para que el jóven leon se sometiese á ello.

Habíale dejado su padre la funesta herencia de tres hermanos bastardos y ambiciosos, acostumbrados á gobernar en los últimos años de la vida de su padre.

D. Pedro rechazó aquel yugo, ó mejor dicho le rompió, matando á sus hermanos D. Juan y D. Fadrique, y ahuyentando á Enrique, el mayor de ellos.

Doña Leonor de Guzman, manceba de Alonso el

XI, y madre de aquellos ambiciosos y traidores bastardos, cayó tambien.

Se permitia fueros de reina, conspiraba contra D. Pedro, escitó su sombría cólera de leon y murió.

Y como al par de cruel era D. Pedro justiciero, y á par de justiciero gran soldado que asi dormia bajo su tienda de guerra sobre una piel para levantarse apresuradamente, para montar á caballo embistiendo con el enemigo y triunfando siempre; como se adormia entre los brazos de una hermosa cortesana para separarse de ella y mandar decapitar un poderoso magnate, el pueblo asombrado por aquel lujo de fuerza y de carácter de bravura y de justicia, el pueblo que necesita siempre un ídolo que adorar, y que hace su ídolo del que mas brilla, del que es mas escéntrico y mas bravo, por mas que el fulgor que arrojaba de sí el rey D. Pedro fuese un siniestro fulgor de muerte, le adoraba.

Matando nobles vengaba los sufrimientos del pueblo, y matándolos de la primera embestida, por fuertes y poderosos que fueran, abatiéndolos como abate el huracan la robusta encina centenaria, hiriéndoles con el fragor espantable de su tremenda cólera, como hiere el rayo las altas cúpulas, asombraba al pueblo que despues de un momento de pavoroso silencio, causado por el imponente espectáculo, batia las palmas aplaudiendo al valiente rey justiciero, al fuerte rey indomable.

Los castellanos han sido siempre bravos, y la bravura de D. Pedro los electrizaba.

V

Pero acerca de este rey hemos hecho ya el retrato completo en algunos libros que han leido todos aquellos nuestros benévolos lectores que no

nos abandonan, y á los que estamos profundamente agradecidos.

Creemos, pues, que teniendo en cuenta las escasas proporciones de esta leyenda, nos hemos ocupado bastantemente de la fisonomía moral del señor rey D. Pedro I de Castilla.

CAPITULO VIII

DE COMO SIRVIÓ DE ENTRETENIMIENTO AL REY LA MALA AVENTURA DE JUAN DIENTE.

CAPITULO VIII

DE COMO SIRVIÓ DE ENTRETENIMIENTO AL REY LA MALA AVENTURA DE JUAN DIENTE.

I

No se habia acostado D. Pedro, como habia creido el alcalde de casa y córte de la casa del rey, Illan de Santa Maria.

D. Pedro habia llegado de muy mal humor á Valladolid.

Durante el trayecto desde Madrid habia recibido muchas y graves quejas.

Los pueblos estaban en la mayor miseria por las exacciones de los ricos-hombres y de los merinos.

Las dehesas del comun utilizadas por los poderosos, vacíos los pósitos y llenos en cambio los campos, como resultado natural de la miseria, de rapaces y terribles bandidos.

Nada, pues, tenia de estraño que el rey hubiese entrado con sobrecejo y preparado para algo terrible en Valladolid donde moraba gran parte de los opresores, de los dilapidadores de sus buenos vasallos, de los chupaderos insaciables de la sangre del pobre y del desvalido, y nada tenía de estraño que el rey no tuviese sueño, porque la escitacion de los nervios es el enemigo mayor de esa imágen de la muerte que se llama sueño.

En vano la hermosa y la buena doña María de Padilla, que conocia demasiado á D. Pedro y le veia templado para algo terrible, habia pretendido hacerle sentir el encanto de su amor.

En vano habia tocado el laud y habia cantado como un ángel.

El sombrío ceño de D. Pedro que tanto habia impresionado, como sabemos, á Ferran de Sedeño, no habia desaparecido, por el contrario, se habia hecho mas denso el nublado, amenazando una tormenta próxima.

El rey habia cenado y bebido muy poco; no habia hecho sobremesa, y levantándose de repente y sin dar á nadie las buenas noches, ni aun á doña María de Padilla, habia ido á encerrarse en la ostentosa cámara que el concejo de Valladolid le habia preparado de antemano.

II

Era aquella cámara inmensa, altísima de techo, sombría, entapizada de velludo terciopelo rojo, mostrando de trecho en trecho grandes tablas en

que aparecian pintados severísimos santos, muchos de ellos sufriendo un cruento martirio, ó secos y duros retratos de reyes, reinas, infantes é infantas que parecian fantasmas inmóviles pegados á la pared.

De trecho en trecho, una panoplia reflejaba en el vivo acicalado de sus armas la luz de la lámpara de hierro cincelada de siete mecheros que pendia del centro del oscuro artesonado de roble.

El estenso pavimento de mármol blanco enviaba á los ecos de aquel salon el ruido característico de las pisadas del rey y del seco crujimiento que, como todos sabemos, producian al andar sus rodillas.

Dios ha dado un cascabel á la mas terrible de las serpientes para que no pueda avanzar sin ser sentida.

Dios habia hecho que las rótulas de aquel rey sonasen á su andar.

El lugar en que se encontraba, su luz, los sombríos objetos que le rodeaban, el profundo silencio, la alta hora, no eran lo mas á propósito para que se calmase la irritacion nerviosa del rey.

De tiempo en tiempo se detenia.

De tiempo en tiempo se acercaba á una gran mesa de roble, y en un pergamino que sobre la mesa estaba, y en el que habia escrito, á la manera de lista, algunos nombres, los últimos con la tinta fresca, escribia otro ú otros nombres.

Despues el rey volvia á su lento paseo.

Meditaba, juzgaba, sentenciaba; tornaba á la mesa y escribia algun otro nombre.

Y el semblante del rey estaba demudado por una palidez lívida, y sus ojos lanzaban un fulgor opaco, y de tiempo en tiempo se percibia un fuerte estremecimiento que pasaba á lo largo de su cuerpo.

Algunas veces levantaba la cabeza y lanzaba á

los cielos una mirada ; era una blasfema pregunta de desesperacion.

III

De improviso se oyeron fuertes pasos como los de un hombre armado de la otra parte de la puerta de entrada de la cámara.

Tan abstraido estaba el rey, que no sintió aquel ruido.

Se abrió el tapiz que cubria la puerta y quedó en su abertura, silencioso é inmóvil como una estátua de hierro, un hombre armado de todas armas, de semblante rudo y sombrio.

Sobre el arnés llevaba una cota de armas de velludo rojo y bordado en su centro el blason de Castilla.

Era Rodrigo Diaz de Albarracin, uno de los mas terribles ballesteros de maza del rey.

En una palabra, uno de los tremendos ejecutores de sus airadas justicias, que siempre tenia á su inmediacion.

El ballestero no osó decir ni una sola palabra ni hacer el mas leve movimiento.

Cuando el rey volvió de su paseo, le vió, se irguió, le miró con una profunda atencion y dijo con voz breve, ronca y seca:

—¿Qué es eso? tenemos ya al señor rey de Navarra con sus archeros á las puertas de la villa? Algo de esto ó tan grave como esto debe suceder cuando te atreves á presentarte sin que yo te llame.

—En efecto, señor, dijo respetuosamente Albarracin, pero con voz muy acentuada, — sucede algo muy grave, acaban de traer medio muerto al Alcazar á Juan Diente.

Hizo un movimiento terriblemente enérgico el rey, y dijo:

—¡Por Santiago de Compostela! ¿y quién ha sido bastante para maltratar de tal manera á ese lobo?

—El señor alcalde de la casa y córte de vuestra señoría, Illan de Sedeño, le ha encontrado en la costanilla de San Benito, en la encrucijada de la torrecilla del Angel Custodio.

—Que le curen si pueden, —contestó el rey con la voz alterada, señal clara de que estimaba mucho á Juan Diente, y sinó que le entierren cuando dé su alma al diablo y que me dejen en paz.

—Es, señor, dijo con algo de miedo Albarracin y se interrumpió:

—Ah, todavía mas, dijo el rey con una amenazadora impaciencia, concluyamos, quiero estar solo, ¿lo oyes? quiero estar solo! Es que ya no puedo yo tener lo que quiero?

—Perdonad, señor, contestó humildemente Albarracin, pero es el caso que el señor Illan de

Santa María dice que es de todo punto necesario que él hable al rey.

—Illan de Santa María es un impertinente, contestó creciendo en impaciencia, el rey. —Dios me perdone, pero creo que el tal licenciado se atrevería á arrancarnos del sueño por cualquier cosa á pretesto de justicia. ¡Que entre!

—El ballestero se retiró.

— ¡Ah! oye, Albarracin, dijo el rey.

Volvió á aparecer el ballestero.

—Toma esa lista, dijo el rey dándole la que estaba sobre la mesa, y rumiala. Ahí hay algunos nombres de nobles y poderosos señores, que á lo que se me antoja, pretenden levantar sus cabezas por encima de la mia.

—Pues se les hace que las bajen á golpe de maza, contestó Albarracin, que cuando se trataba de crueldades se permitia ciertas licencias con su señor.

—No aun, no , dijo el rey, te he dicho que rumíes esos nombres, ¿me has comprendido ?

— Sí señor, debo observar á estos, saber si es necesario lo que piensan, conocer su vida y milagros, buscarles el falso de la armadura.

— Eso es, ¡ vete y que entre el alcalde !

IV

Poco despues estaba de rodillas delante del rey el señor Illan de Santa María.

—Alzaos, señor licenciado, alzaos, este pavimento es muy duro y muy frio ; ¡ hablad y sed breve ! ¿Qué hay que disculpe vuestra pretension de verme á estas horas cuando estoy encerrado en mi cámara ?

Illan de Santa María entregó en silencio al rey un pergamino en que solo habia escritas dos líneas.

El rey leyó lo siguiente :

« Lo que he hecho con el verdugo del rey asesino, haré un dia con ese miserable rey. »

Pasó algo terrible por el corazon y por la cabeza de D. Pedro, y fué á reflejarse á su semblante.

Arrojó de nuevo su sombría mirada sobre aquellas líneas y luego mirando de hito en hito y con una cólera concentrada á Illan de Santa María, esclamó:

— ¿ Porqué habeis escrito esto ?

Tal pregunta demostraba que el rey conocia demasiado la letra del alcalde.

— Esas traidoras palabras, señor, respondió este temblando todo, estaban escritas junto á un salpicon de sangre fresca y con la punta de un puñal en una piedra del muro de la torrecilla del Angel Custodio.

— ¿ Y permanece alli esa escritura ?

— No señor, la he hecho borrar con la sangre

qué tenia al lado, porque solo con sangre deben borrarse esas aleves palabras.

— Sois un torpe ¡ vive Dios ! esclamó el rey, no son las palabras las culpables, no son ellas las que se deben anegar en sangre, sino el corazon que alienta la mano que los ha escrito.

— Es que yo conozco la mano que ha escrito esas palabras : dijo pudiendo apenas pronunciar las suyas el alcalde, porque le habia acometido un vértigo de miedo.

— ¡ El nombre ! esclamó el rey con un acento que aterraba.

— El conde D. Enrique..

— ¿ Cómo? esclamó el rey : ¿ mí buen hermano de Transtamara está en Valladolid ?

Y el rey D. Pedro se contrajo y tomó la espresion perfecta del tigre que se prepara á lanzarse sobre una presa.

— No es el conde D. Enrique de Transtamara del

que yo hablo, contestó apresuradamente el alcalde, sino el conde D. Enrique Coronel.

— ¡Válgate Dios! por Enriques, contestó el rey, de cuya frente desapareció la sombria nube que la habia oscurecido al creer que aquel D. Enrique era su hermano bastardo.

— ¡ Ah ! ¡ y cuántos Enriques traidores hay en Castilla ! El hermano de doña Maria Coronel, ¿no es esto ?

Y habia algo de temblor, algo de despecho en el acento del rey al pronunciar el nombre de aquella señora.

Sin duda, tras aquel nombre se levantaba contra el rey D. Pedro un drama sombrío.

V

Pasaron algunos instantes de silencio durante los cuales el rey paseó agitado.

Luego se detuvo, y encarnizando su mirada de leon en el alcalde le dijo:

— Es necesario prender á ese hombre muerto ó vivo.

— ¿ Y dónde encontrarle señor ? preguntó aturdido Illan de Santa María.

— Un alcalde no debe preguntar nunca donde encontrará un criminal, debe conocerle.

— Hay tantos criminales en Castilla, señor.

— Eso quiere decir que en Castilla hay muy malos jueces. En fin, si vos no podeis encontrarle, lo encontraré yo ; contadme lo que habeis visto.

— Rondaba yo, señor....

— ¡ Adelante ! ya sé que habeis rondado esta noche porque debeis rondar.

— Pues bien, al adelantar por la costanilla de San Benito, tropecé con un hombre armado que se venia sobre nosotros.

— ¿ Quién era ese hombre ?

— El ballestero de vuestra señoría, Rodrigo Diaz de Albarracin estaba allí porque habia acudido al socorro de Juan Diente que yacía por tierra con un terrible golpe en la cabeza del cual salía mucha sangre. Parte de aquella sangre habia saltado al muro de la torrecilla del Angel Custodio, y junto á aquella sangre estaban escritas con un puñal en la piedra, las palabras que ha leido vuestra señoría.

— ¿ Y bien, qué ha dicho Juan Diente ?

— Nada señor, porque nada puede decir, está sin sentido.

— ¿Ha venido con vos Rodrigo Diaz de Albarracin?

— Sí, señor.

— ¡Idos, y haced que Albarracin entre á hablar!

VI

Salió Illan de Santa María, volvió el rey á su paseo y á poco se presentó Rodrigo Diaz de Albarracin, que avanzó rápidamente y se arrojó á los piés del rey.

— ¡ Justicia ! señor, ¡ justicia ! esclamó, contra un demonio que anda suelto por Valladolid.

— ¡ Demonio ! ¿ dices ? ¿ Crees tú que el diablo no tiene otra cosa que hacer que venirse á rondar por Valladolid ?

— Solamente un demonio ha podido maltratar de la manera que lo ha hecho á Juan Diente.

— No rondara Juan Diente, y se escusara de malas aventuras.

— Es, señor, que estaban dando música á una dama misteriosa, vecina del meson donde nos albergamos.

— ¡ Ah ! es verdad, Juan Diente es bastante lobo para que la música, en vez de divertirle, le incomode ; á mí me hubiera dado un buen rato el músico si tañía bien.

— A nosotros nos divertia mucho tambien; pero ha de saber Vuestra Señoría que en el tal meson hay una vieja....

— ¡ Ah ! en cuanto se habla de damas y de enamorados hay que contar con que la vieja encubridora está detrás de la puerta. El diablo quiere mucho estas tales ; cuando ya no pueden engañar á nadie con su hermosura, se valen de otras para seguir engañando.

— Esta vieja de que yo hablo, señor, es una honesta y noble dueña que ha venido á menos.

— Asi dicen todas ; pero estamos perdiendo el tiempo ; abreviemos ; ¿ qué tiene que ver esta vieja con la dama y con el rondador que la daba música ?

— Esa vieja nos dijo mientras nos servia la ce-

na, que en lo alto de la torrecilla del Angel Custodio, vivia una hermósísima dama á quien no ha visto nadie.

— ¡ Cuerpo de Barrabás ! pues si no la ha visto nadie ¿ cómo saben que es hermosa ?

— De oidas.

— Oyense muchas simplezas ; se abultan mucho los misterios, y cuando se rasga el velo que los encubre, nos encontramos con nada. ¿ Quién vive en esa casa además de la dama hermosísima á quien nadie conoce ?

Y el rey hablaba ya con interés y como despreocupado de sus impresiones anteriores, porque se le hablaba de una hermosísima dama que era un misterio.

— En la casa á que pertenecia la torrecilla del Angel Custodio, no vive, que se sepa, mas que el merino mayor de Castilla, con sus pages, y sus criados.

— Pues el tal Ferran de Sedeño, dijo con interés D. Pedro, no tiene hijas, que yo sepa, ni pariente alguno, es el último de su mala casta que, á lo que me parece, se va á acabar muy pronto. Eso de la dama misteriosa que vive en la casa de Ferran de Sedeño debe ser un cuento.

— Pues, dice doña Maria, que así se llama la vieja criada del meson, que por la tal dama misteriosa han acontecido en la costanilla de San Benito muchas desgracias, y añade que el galan que la ama es un hombre terrible á quien nadie ha visto tampoco jamás.

— ¡ Dios de Dios, Albarracin! han debido verle, á lo que creo, esos á quienes ha matado.

— Ello es, señor; que nos acostamos pensando en esto y en aquella vieja que habia sido gran señora y habia venido á miseria por injusticia, y malos hechos de infames, y de improviso, oimos música en la calle. A Juan Diente se le metió en la

cabeza conocer al músico, y para cojerle en corto y que no pudiese escapársele, se descolgó por un mirador, que del aposento que ocupábamos dá á la calle; sonaron dos golpes, uno tras del otro y luego.... nada. Descolguéme yo tambien por el mirador para socorrer á Juan Diente, y encontréme con que estaba tendido en la calle, inmóvil, bañado en su sangre y como muerto. Entonces fué cuando sobrevino el señor Illan de Santa María.

—Me alegro, dijo el rey, porque me fastidiaba; esta ventura me viene como llovida del cielo. Busca por ahí mi espada, mi puñal, mi manto y mi capacete, y salgamos.

VI

Rodrigo Diaz de Albarracin que estaba muy acostumbrado á servir al rey y acompañarle en sus aventuras, encontró facilmente lo que le habia pe-

dido; armóse y cubrióse el rey, y buscando en la cámara una puertecilla oculta, la abrió. Bajaron por unas escaleras de caracol, llegaron á un póstigo, le abrió el rey con una llave que sacó de su escarcela, salieron, cerró el rey el postigo y avanzaron por la oscura y medrosa costanilla de San Benito que estaba completamente solitaria y silenciosa.

CAPITULO IX

DE CÓMO PRENDIERON AL SEÑOR FERRAN DE SEDEÑOS.

CAPITULO IX

DE CÓMO PRENDIESRON AL SEÑOR FERRAN DE SEDEÑOS.

I

La infanta mora siguió deslizándose rápidamente por las escaleras como quien escapa.

Iba con el corazon agitado, anhelante, porque aunque habia logrado salir del aposento en que se tenia encerrada, no sabia si del mismo modo la seria fácil salir de la casa.

A aquella hora las puertas debian estar cerradas.

Pero tal vez podria encontrar una ventana mas

baja que las del aposento de la torrecilla, por la que podria descolgarse sin peligro á la calle.

La escalera era larga.

Al fin de ella, la infanta mora se encontró en un estrecho pasadizo, segun pudo juzgar al tacto.

Por aquel pasadizo corria un viento helado, señal clara de que al fin de él debia haber una salida, por donde penetrase libremente el aire.

Nada se oia.

La servidumbre de Ferran de Sedeño debia estar durmiendo, y sin duda pesadamente, á causa de lo avanzado de la hora.

Amina, que, alguna vez hemos de decirlo, así se llamaba la infanta mora, siguió adelante.

Llegó al fin á una puerta al estremo del pasadizo, salió por ella, y se encontro al aire libre.

La niebla mojaba sus cabellos.

La oscuridad continuaba siendo densa.

Amina adelantó con precaucion para evitar una caida, y estendidas las manos hácia adelante para evitar un tropiezo.

Muy pronto tocó en un objeto áspero.

Le reconoció y se cercioró de que era un árbol.

Aquel árbol era nudoso y torcido.

Amina torció un poco á la izquierda, siempre con las manos estendidas, y tocó en un muro.

Aquel muro estaba muy cerca del árbol.

¿Seria aquel muro una cerca, ó constituia uno de los lados de la casa que daban al huerto?

Esto no podia apreciarse, á causa de la oscuridad de la noche.

Amina dedujo que cerca debia de ser, porque de otro modo, los brazos de aquel árbol que parecia robustísimo al tacto, no hubieran podido estenderse.

Amina, á tientas, y escitada por el ansia de la libertad, probó á trepar al árbol.

Y era este tan nudoso y tan torcido, ya lo hemos dicho, que Amina subió sin dificultad por su grueso tronco como por una escalera.

Ascendia, y á medida que ascendia, el ascenso se hacia mas fácil.

Los gruesos brazos del árbol se cruzaban, se multiplicaban.

Estaban resbaladizos, viscosos y frios.

¿Pero qué importaba? Amina se asia bien, y continuaba subiendo.

Y subiendo habia avanzado del lugar desde donde habia subido un gran trecho, á causa de lo torcido del árbol.

Amina no tuvo ya duda, de que el muro que habia tocado era una cerca, fuera de la cual salian los brazos del árbol, porque desde aquel en que se encontraba, veia envuelta por la niebla la luz del farol de la torrecilla del Angel Custodio, y en frente la

encrucijada de la calle de las Brujas, y de la costanilla de San Benito.

II

Por debajo se veia la calle enteramente oscura.

Al frente la hospedería de los Reyes viejos, en la cual se habian hospedado, por estar cerca del Alcázar, Juan Diente, Rodrigo Perez de Castro, y algunos otros ballesteros de maza del rey.

Amina tenia ansia por escapar.

Temblaba de volver al poder de Ferran de Sedeño, del que se veia libre por el momento.

¿Pero cómo descolgarse del árbol sin peligro de sufrir un gran daño?

La altura, á causa de las tinieblas, parecia muy grande á Amina, cuando en realidad era pequeña.

Avanzando por la rama del árbol, la altura disminuia, porque la rama se inclinaba.

Pero Amina no podia juzgar de esto, y tuvo miedo.

Determinó, pues, buscar otra salida.

Pero en el momento en que á tientas procuraba descender, la aterró un ruido que sobrevino.

Aquel ruido era el sordo gruñido, terriblemente amenazador de un perro, á juzgar por lo intenso de aquel regañar amenazador.

Luego sucedió un atronador ladrido, y Amina sintió que el perro avanzaba al pié del árbol.

Y como hasta alli habia subido facilísimamente, ascendió á una rama mas alta, y de allí pasó á otra rama mas alta aun.

Se tranquilizó, en cuanto al perro, que seguia ladrando de una manera terrible, y abalanzándose feroz é incansable al árbol.

Pero en cuanto á su situacion, se aterró.

El ladrido del terrible guardian de la casa, debia

despertar á los criados de Ferran de Sedeño, y llamar á este mismo.

En este caso su fuga se hacia imposible.

El solo pensamiento de volver á encontrarse á merced de aquel hombre, que á cada momento enloquecia mas por ella, la causaba un terror insoportable.

III

Y el perro ladraba cada vez con mas fuerza.

Al fin los temores de Amina de que acudiese gente se realizaron.

Algunos criados armados entraron en el huerto con luces, y se dirigieron al árbol, á cuyo pié ladraba el perro.

Y como el árbol, á causa de la estacion, estaba deshojado, los domésticos de Ferran de Sedeño pudieron ver á Amina, que se habia encaramado cuanto habia podido

— Por mi ánima, dijo uno de ellos; ¿quién ha traido aquí á esa mujer?

— Será alguna bruja que habrá perdido su escoba y se habrá caido en el árbol.

— ¡Qué Silvestre! dijo el otro: tú no sabes lo que te dices: las brujas se desnudan para untarse, porque si no se untan con ciertos ungüentos malditos que les dá el diablo, no pueden volar.

— Calla, Perote, y no seas sándio: bien por lo del unto, pero despues de untarse se habrá vestido; ¿cómo quieres tú que se echen á volar desnudas con el frio que hace?

— Estas malditas no sienten nunca frio ni calor: ¿pero sabes que me parece jóven y agraciada?

— No importa; en la brujería hay hembras de todas edades: hasta niñas.

— ¿Y si fuera una dama encantada, que dicen tiene el señor en la torrecilla?

— Hombre, esos son cuentos: yo no he visto nunca á esa dama, ni tú la has visto tampoco.

— ¿Y cómo la hemos de haber visto, si el señor nos ha prohibido que entremos en la torrecilla y que procuremos saber lo que hay en ella?

— Por lo mismo, me parece á mí, que lo que habia en la torrccilla era esa dama que está en el árbol.

— Mira, lo mejor será que vayamos á avisar al señor; Judas, entretanto, se quedará aquí guardando el árbol para que no pueda bajar.

Judas era el perro.

IV

Los dos criados se alejaron.

Amina se quedó temblando de frio y de miedo.

El perro continuaba abalanzándose al pié del árbol.

Amina se estremecia.

Su tentativa de fuga frustrada, la habia puesto en una situacion peor, porque Ferran de Sedeño debia guardarla de allí en adelante con mucho mayor cuidado.

— Pues bien, dijo, moriré antes de sujetarme de nuevo á la tiranía de ese hombre.

E intentó descolgarse á la calle.

Pero tuvo miedo.

La sombra, como ya lo hemos dicho, aumentaba para ella la altura, y la aterraba.

Además sentia un frio intenso, y la mojaba la niebla.

Aquella situacion era terrible.

V

De improviso se vió reflejo de luces en la salida de la casa, que correspondia al huerto, y aparecie-

ron los dos criados que antes habian acudido, acompañados de Ferran de Sedeño, que los seguia.

El perro continuaba ladrando, y cada vez con mas furia, y abalanzándose al árbol.

— ¿Dónde esta? ¿Dónde está? preguntó Sedeño con ansiedad á sus criados.

— Allá arriba en el árbol, señor, contestó Silvestre levantando el farolillo que tenia en la mano; miradla, señor, está vestida de blanco.

— Pues dígoos, contestó Sedeño, que no sé como ha podido venir aquí esa mujer. Perote tiene razon, es una bruja que se ha caido sobre el árbol al pasar volando por encima del huerto.

— Pero hoy no es sábado, ni son tampoco las doce de la noche.

— ¿Y qué importa eso? dijo Sedeño, que no queria que sus criados supiesen que conocia á Amina, y que esta habia estado en su poder: las brujas sa-

len cuando quieren á volar por esos aires, y á meterse por las chimeneas de las casas, y á robar niños y hacer maleficios: sabe Dios para lo que esa inícua habrá salido esta noche: yo soy la justicia de Dios y del rey, y no puedo dejar de prenderla: con que subid al árbol y apoderaos de ella: dadme acá ese farol, y arriba.

Pusiéronse pálidos Silvestre y Perote, y se miraron el uno al otro.

Les causaba un terror frio el solo pensamiento de tocar á aquella bruja, que como amante de Satanás, debia estar protegida por él.

— ¿No habeis oido? dijo con voz airada Ferran de Sedeño, viendo que sus criados no le obedecian.

— ¿Y si nos sucede una desgracia, señor? dijo Silvestre.

— ¿Qué desgracia os ha de suceder, dijo el merino mayor, si tengo yo sobre mí un relicario ben-

dito, con un verdadero *lignum crucis*, cuya virtud alcanza á mucho espacio al rededor de mí? Sin duda, esa bruja ha pasado volando muy cerca de la casa, la ha alcanzado la virtud de mi relicario y se ha caido; con que no hay que tener miedo. Subid al árbol y apoderaos de ella.

Las gentes de aquellos tiempos eran groseramente supersticiosos; creian en lo mas estraño, y Silvestre y Perote, animados por el conocimiento de la virtud del relicario del merino mayor, dieron á este el farolillo, y se dispusieron á trepar á lo largo.

— ¡No subais! ¡No os acerqueis á mí! gritó Amina, porque va á suceder una desgracia; no creais á ese hombre; ese hombre me conoce demasiado; yo no soy bruja, y si subís me tiraré á la calle.

VI

—¡Por Dios vivo! Castro, dijo el rey, que en aquel momento pasaba al pie de la cerca del huerto del merino mayor. ¿Qué pájaro blanco es ese que ha hablado en el árbol con tan sonora y dulce voz de mujer, y que se vé al escaso reflejo de una luz que debe estar en el huerto?

— Yo lo ignoro, señor, contestó el ballestero.

— Esta es una aventura, Rodrigo, dijo el rey; yo creo que no te habrás olvidado de subirte por un enlucido como una lagartija. ¡Sube! ¡sube! échate al otro lado; presenta tu cota de armas con mi blason á ese buen merino mayor, y préndelo; en cuanto á la muchacha, despues que tú hayas preso al merino, descuélgamela.

VII

Mientras decia esto á su ballestero el rey, Amina habia seguido con sus protestas y con sus amenazas de arrojarse á la calle, antes de que la tocasen.

Ferran de Sedeño escitaba á sus criados, que subian lentamente y con cierto desgano, porque no les satisfacia completamente la virtud de las reliquias que poseia su amo.

De improviso se echaron despavoridos al suelo.

Rodrigo Perez de Castro habia trepado por el muro con gran facilidad, porque era áspero y habia montado largo, á tiempo en que Silvestre y Perote llegaban á su cruz.

—¡Eh! habia dicho tranquilamente Rodrigo Perez; ¡haced lugar, para que pase, á un honrado ballestero del rey!

Amina, que oyó estas palabras, y que las oyó á tiempo, porque estaba ya á punto de arrojarse, arrostrando por todo antes de volver al poder de Ferran de Sedeño, se tranquilizó y esperó.

Rodrigo Perez bajó gentilmente del árbol, y andando, porque ya sabemos que el enorme y torcido tronco era como una escalera, y adelantó hácia Sedeño, que estaba asombrado con el farol en la mano y solo, porque sus criados habian huido.

— Señor merino mayor, dijo Rodrigo Perez de Castro, despues de saludaros y de daros reverentemente las buenas noches, permitidme os pregunte si me conoceis.

— Vos sois, dijo Sedeño mirando con una especie de atonía el blason de Castilla, realzado sobre la cota de armas de Castro, un ballestero hidalgo del rey.

— Como si dijéramos, un ministro de justicia de Su Señoría, y muchas veces, no lo niego, cuando la

cabeza que hay que herir es muy alta, ejecutor de la justicia del rey.

Y dijo esto con tal acentuacion el ballestero, que un frio horrible pasó por los huesos de Ferran de Sedeño, desde los piés á la cabeza.

— En efecto, continuó el ballestero, yo soy el famoso, y de todos conocido por el nombre, y nunca bien, como se debe, ponderado en lo tocante á lealtad al rey mi señor y obediencia ciega á sus mandatos, Rodrigo Perez de Castro, y tuve la honra de dar la segunda mazada al maestre D. Fadrique, que la primera la dió mi compadre Juan Diente, que estaba mas cerca.

— Pero en fin, dijo todo trémulo el merino mayor...

— En fin y en cabo, señor mio, yo, Rodrigo Perez de Castro, vengo á prenderos secretamente de órden del rey, mi señor, que tiene que ajustaros no sé qué cuenta, y como esta prision debia ser secre-

ta, yo no he querido llamar á la puerta principal de la casa, y he montado facilísimamente la cerca.

— Os habrán ayudado para que salteis, dijo con cierta intencion Sedeño.

— Mal ha podido ayudarme nadie, porque no seria yo lo que soy y me avergonzaria de mí mismo si para prenderos ó para prender al mismo Lucifer viniese acompañado...

— ¡Oh! esclamó Sedeño, venís solo.

Y se volvió al gigantesco y feroz Judas, que no se habia lanzado sobre Rodriguez Perez de Castro, porque su inteligencia le habia dicho, que estando allí su señor, no debia acometer á ciegas, esponiéndose á maltratar á un amigo de su amo; pero cuando vió que Sedeño le miraba como buscando en él una proteccion decidida, sa abalanzó de repente y en mal hora al ballestero, y decimos en mal hora, porque Rodrigo Perez, sacando al aire su maza de armas que llevaba bajo la gabardina,

asestó un tal golpe sobre el cráneo del animal, que se lo hundió.

El perro cayó de costado y no se movió.

— Así cayó Su Merced el maestre de Santiago, dijo Castro, amagando con su maza á Sedeño, y así caereis vos si no os dais inmediatamente á prision.

— Sea lo que el rey manda, dijo Sedeño.

VIII

Rodrigo Perez sacó de un bolsillo interior de su cota de armas unas esposas, á las cuales estaba unida una larga correa; echó atrás las manos á Sedeño, le esposó, y luego con la correa le sujetó al tronco de un árbol inmediato.

Luego trepó al árbol, y al llegar á su cruz, dijo Amina

— Descended, señora, sin cuidado; ya habeis podido ver lo que he hecho; estais bajo el amparo del rey, mi señor.

IX

Amina descendió, y llegó á la cruz donde esperaba el ballestero.

— Será necesario, señora, que á mi despecho os toque para descolgaros á la calle, donde os aguarda cierta persona. Nada temais; la altura es poca, y yo bajaré llevándoos en los brazos; nada sentireis, nada os lastimareis; tened confianza.

Amina se dejó rodear la cintura por el brazo izquierdo de Castro, y este, asiéndose á una larga rama, saltó, quedó en el aire, se balanceó un momento, y se dejó caer á la calle, viniendo á quedar de pié, con Amina sujeta aun delante de don Pedro.

— Deja esta dama en tierra, dijo el rey, y vuelve y asegura al merino mayor, y métete con él en un aposento, cierra la puerta, y guárdale de vista sin dejarle hablar con nadie.

El ballestero volvió á saltar la cerca.

El rey y Amina quedaron solos.

CAPITULO X

DE COMO EL REY D. PEDRO PASÓ UNA NOCHE AGRADABLE Y SUPO ESTRAÑAS COSAS.

CAPITULO X

DE COMO EL REY D. PEDRO PASÓ UNA NOCHE AGRADABLE Y SUPO ESTRAÑAS COSAS.

I

— Tranquilizaos, señora, estais temblando, dijo el rey.

— Sí, señor, contestó Amina; pero tiemblo de frio. No puedo temblar de otra cosa, estando amparada por un tan gran caballero como el rey don Pedro.

— Dicen que el rey D. Pedro suele ser peligroso para las mujeres.

— Pero nadie ha dicho que haya sido infame para con las mujeres desamparadas.

— ¡Ah! no; ¡vive Dios! esclamó vivamente el rey; y puesto que vos temblais de frio y yo tengo impaciencia por conoceros, que aquí no puedo á causa de lo denso de la sombra...

— Pero no procureis, señor, conocerme á oscuras, dijo con impaciencia y con enojo Amina.

— ¡Ah! las tinieblas tienen la culpa, os creia mas lejos; pero aquí á mano tenemos una hostería...

—En la que no entraré, señor, si no me jurais como caballero y como cristiano, ser para conmigo un buen hombre.

— Seré para con vos todo lo hombre bueno que vos querais; ¡á vuestro gusto!.. Pero vamos, vamos, que yo tambien estoy incómodo bajo esta niebla, que se mete hasta los huesos. Asíos á mi brazo; la calle está resbaladiza.

— Gracias, señor, contestó Amina, en cuya voz habia algo tan lánguido y tan encantador, que fascinaba al rey.

Y así, asida ella al brazo de D. Pedro, estremeciéndose D. Pedro de emocion por el contacto de aquel mórbido brazo, adelantaron hácia la encrucijada de la calle de las Brujas, en que las tinieblas estaban un tanto rotas por la luz del farol del Angel Custodio.

II

Por aquel escaso reflejo se veia la cerrada puerta del meson de los Reyes Viejos.

Se habia alterado algun tanto su sosiego por la salida de los ballesteros de maza que en él paraban, á causa del fracaso de Juan Diente, y como los ballesteros no habian vuelto, porque se habian quedado en el Alcázar, el meson había quedado completamente libre de huéspedes.

No habia en él, pues, quien conociese al rey.

Este levantó el enorme llamador de la puerta, y asentó en ella tres fuertísimos golpes.

Los mozos que esperaban la vuelta de los ballesteros que habian salido, abrieron inmediatamente.

Pero inmediatamente se hicieron atrás.

Lo que habian visto les parecia fuertemente estraño.

Tenian delante un hombre alto, gallardo, altivo, del cual se desprendia un no sé qué misterioso que infundia respeto y miedo á la par.

Este hombre tenia cubierto el rostro hasta los ojos con el embozo de su manto, y calado hasta las cejas su rico birreto, en el cual relumbraba un joyel de diamantes; asida á su brazo se veia una jóven, muy jóven, muy hermosa, vestida de blanco, con un traje á la morisca, sueltas las anchas y largas

trenzas, pálida, y con la mirada entumecida por una espresion misteriosa.

— Posada y cena para esta dama y para mí, dijo el rey; guiad y alumbrad.

Uno de aquellos mozos, que tenia en la mano un farolillo, se puso en marcha, atravesó un enorme patio, se metió por unas anchas escaleras, en otro tiempo muy nobles y muy pisadas por magnates en los pasados tiempos en que aquella casa no fué meson.

Y llegando á la galería alta, torció por ella, y en un ángulo abrió una puerta profundamente tallada, con labores góticas.

— Afortunadamente, dijo el mozo volviéndose con cierto miedo al rey, esta gran cámara está vacía, porque ninguno de los hidalgos que han venido ha querido pagar su coste.

— Y me lo decís á mí, bellaco, por si me atrevo ó no, contestó con acento incisivo el rey.

— ¡Dios me perdone, señor, si he pensado tal cosa, que ya se vé y ya se huele que sois un señor muy principal y muy rico!

— Pues, franquead la puerta, bergante, y servidnos.

— Voy á avisar, dijo el mozo, á quien os sirva mejor que yo. Además de eso, que esta cámara es suya, porque aquí criados y criadas tenemos cada cual lo nuestro. Y el mozo entretanto encendia las bujías de cera de dos candelabros de hierro cincelado de una manera admirable que estaban sobre una mesa de roble, tambien admirablemente tallada, y sobre la cual se veia un gigantesco espejo de acero.

— Pues llamad á ese sirviente, dijo el rey.

— No es sirviente, es sirvienta; una vieja loca que se llamaba doña María Lopez de Caicedo, porque se lo llama ella, y dicen que esta casa es de

sus antepasados, que ella es muy noble, y que ha sido muy rica.

— ¡Ah! ¡ah! sí, dijo el rey, recordando lo que le habia dicho Castro; me place, esa buena mujer debe de ser muy divertida.

— Permitidme, señor, que os diga, que si quereis divertiros mas, no la pregunteis nada. Ella os dirá lo bastante, porque no hay persona quien vea la primera vez, y con quien puede hablar algun tiempo, á quien no cuente el cuento loco y divertido de sus desventuras.

— Idos, ¡vive Dios! dijo el rey, que estais dando muestras de ser uno de estos habladores, que en tomándolo no lo dejan ni aun para dormir.

— Yo creia complaceros, señor, dándoos noticia de doña María... porque en verdad, os digo...

— Lo que yo os digo en verdad, mostrenco, es que si no os vais pronto, os voy á romper alguna parte esencial de la persona.

— Perdonad, señor, el que no sabe es como el que no vé, y...

— ¡Todavía! esclamó el rey; y avanzó hácia el mozo.

Y todo esto fué necesario, porque de no el mozo llevaba trazas de no concluir en tres semanas; y la verdad del caso que queria ver si se descubria don Pedro, porque con su embozo y su actitud amenazadora, le tenia en cuidado.

Al fin salió, y D. Pedro se fué á la puerta y la cerró.

Solo entonces descubrîó su semblante, y se quitó el birrete, porque D. Pedro era muy cortés con las damas, cuando las damas eran tan maravillosamente hermosas como Amina.

III

Al ver la enérgica hermosura del rey, su blonda y magnífica cabellera, su frente tersa, pero como

empañada por una nube fatal, y sus poderosos ojos, Amina palideció, se estremeció, ahogó un leve grito, y se llevó la mano sobre el corazon.

El rey D. Pedro tenia treinta años.

Era alto y rubio.

Blanco y pálido.

Apenas sobre el labio superior le apuntaba un ligero bozo.

Tenia los ojos azules, con algo de verde en lo azul, y las pupilas negras.

Estos ojos eran profundos y poderosos, y redondos como los de un leon, y penetrantes como los de un águila.

A primera vista imponia miedo.

Y sin embargo era hermoso, muy hermoso.

Las mujeres enloquecian por él de amor.

El efecto que habia causado en Amina era el mismo que habia causado siempre á primera vista en las mujeres.

— ¿Qué es eso? ¿qué temblais? ¿por qué palideceis, señora mia? dijo D. Pedro, adelantando hácia ella. ¡Oh! ¡qué hermosa sois! ¡qué hermosa y qué pura! nunca he visto otra tal como vos.

— ¿Lo creis? esclamó Amina, sonriéndose con toda su alma.

— ¡Ah! ¡y pensar que vos habeis amado, que habeis estado en poder de mi buen vasallo Ferran de Sedeño!

— No supongais, señor, lo que nada os dá derecho á suponer, dijo con altivez y con dulce acento de queja Amina.

— ¿Y cómo no suponer, que siendo tan hermosa, no habeis amado ya? ¿Cómo suponer que vuestros encantos no habrán escitado las tiranías de ese pequeño rey traidor, que se llama Ferran de Sedeño?

— Suponiendo que hay mujeres á quienes es muy

difícil enamorar, y que por otra parte encuentran mucho mejor y mas fácil morir que envilecerse.

— ¡Ah! vos sois muy dama.

— Debiais haberlo supuesto desde que me habeis visto.

— Perdonad; pero vuestro traje es morisco, de los del reino de Granada.

— Y bien...

— Podia suponérseos esclava de Ferran de Sedeño.

— ¿Y una esclava no puede ser una reina? Yo soy sultana de la casa del rey de Granada.

— ¿Sultana, doncella?

— Sí, hija de vuestro amigo el rey Mohamed-Alaisari, á quien espero que en prenda de buena correspondencia, me devolvereis.

— Eso será si vos quereis que yo os devuelva, noble infanta, que bien pudiera suceder quisierais quedaros entre nosotros, y por mí bien casada.

Y el rey devoraba con su mirada hambrienta los encantos de la infanta mora.

—Casada, no, dijo esta, con un acento particular.

IV

No sabemos á donde hubiera ido á parar la conversacion, si no se hubieran oido tímidos golpes á la puerta de la cámara.

— Sin duda, es esa estraña doña María, dijo el rey, y por Dios vivo, que de buena gana la enviaria á dormir, si no fuera porque es posible necesiteis de alguna cosa.

— Sí, contestó Amina gravemente; necesito no permanecer por mas tiempo sola con vos. Teneis muy mala fama, respecto á las mujeres, señor rey.

— No la tiene muy buena mi leal vasallo Ferran

de Sedeño, en cuyo poder habeis permanecido no sé cuanto tiempo, contestó el rey.

— Id, y abrid, señor, dijo Amina, que estaba inquieta, que han vuelto á llamar.

— Sí; pero oid, y no lo olvideis: delante de esa mujer no me llameis señor, ni digais palabra, ni hagais obra por las cuales pueda comprender esa mujer quién soy; quiero que me hableis con confianza. No sé por qué creo que habrá algo grave en lo que esa mujer me dirá.

— Sí, señor, pero id á abrir; han vuelto á llamar, dijo creciendo en inquietud Amina, porque veia cierta vacilacion en el rey, cierta lucha entre si admitiria una tercera persona, ó permaneceria sola con la jóven.

V

Al fin, el rey se fué á la puerta y la abrió.

Apareció una mujer alta, como de cincuenta

años, pobre, aunque limpiamente vestida, y en la cual se acusaba á primera vista un no sé qué indudable de distincion.

Tenia los cabellos canos, bajo una toquilla de lino.

Los ojos azules, de un azul pálido, de un azul que parecia desteñido.

Hay ojos cuyo color destiñe el contínuo llanto, ó á lo menos que así lo dejan pensar por lo bajo de su color.

Habia ademas en aquella frente, en aquella boca, algo en que parecia como estereotipado, un dolor intenso del alma, y una contínua y suprema contradiccion del sentimiento.

Y envolviendo todo esto, hacia escesivamente simpática aquella criatura la espresion de un sufrimiento valientemente soportado, y la de una gran resignacion.

VI

D. Pedro se sintió interesado por aquella mujer, vió en ella un sér débil, necesitado de justicia.

Pero acordándose del consejo del mozo, y por dejar la iniciativa á doña María, nada la preguntó, limitándose á mandarla como á una criada cualquiera, llevase una buena cena y arreglase un lecho para Amina, á la que llamó su parienta.

Mientras el rey hablaba, doña María tenia fija en Amina una mirada profunda.

El rey observaba atentamente la mirada de doña María.

La aventura le iba interesando mas y mas.

Y á cada momento se sentia mas y mas escitado por la grande hermosura de Amina.

VI

Doña María salió.

La inquietud de Amina se marcó mas y mas.

La mirada del rey nodeja ba de abarcarla intensa, encendida, febril.

— Y bien, dijo D. Pedro sentándose en un sillon al lado de aquel que ocupaba la jóven: ¿cómo una sultana, una hija de mi poderoso aliado el rey de Granada, ha podido venir á poder de mi buen vasallo Ferran de Sedeño?

— ¿Qué? ¿Acaso, señor, contestó Amina, vuestros corredores de la Andalucía, no pasan á cada momentos las fronteras del reino de Granada, cuando vos no estais en buena amistad con el rey moro? ¿Qué? ¿El Adelantado de la Andalucía no acecha las villas granadinas y se arroja sobre ellas cuando sabe que están sin defensa, y degüella á sus

moradores y les quita sus riquezas y sus mujeres y sus hijos, que vende como esclavos?

— La guerra lo consiente todo, dijo el rey: ¿acaso los fronteros moros no entran tambien por nuestras tierras de la Andalucía, y saquean, roban é incendian los lugares indefensos?

— ¡Maldiga Dios la guerra! ¡Si los hombres no se despedazaran los unos á los otros; si los reyes no fueran por su ambicion irreconciliables enemigos, no me hubiera yo encontrado cautiva en tierra de cristianos, y puesta á punto de ser infamada y muerta, porque para mí hubiera sido la muerte la infamia.

Y Amina miró de una brava manera al rey.

— ¿Huiais esta noche de la infamia? preguntó el rey.

— Sí, señor; Ferran de Sedeño habia llegado por mí á punto de locura.

— No lo estraño, porque tal y tan nunca vista es vuestra beldad, que conoceria, codiciarla, no tenerla, y volverse loco, es la cosa mas natural del mundo.

— Procurad no enloquecer, señor rey, porque si enloqueciérais, me matariais.

— ¿Cómo he de matar yo á la hija de mi buen amigo el rey de Granada?

— No os olvideis, señor, de la buena amistad que decís sentís por el rey mi padre.

— Si vos me amarais...

— Yo no puedo amar á un hombre, á menos que se sepa que este hombre puede y quiere ser mi esposo.

— ¡Silencio! dijo el rey; siento á esa buena mujer que se acerca.

VII

En efecto, doña María entró y se puso á cubrir una gran mesa que habia en el centro del aposento.

Y entretanto no dejaba de mirar con un vivísimo interés á Amina.

El rey esperaba á que doña María empezase con la eterna charla que, segun le habian dicho, hacia oir á todos aquellos á quienes servia en el meson.

Pero doña María parecia muy preocupada.

Cubria la mesa y no dejaba de mirar á Amina.

En cuanto al rey, era para doña María como si no hubiera estado allí.

VIII

— Os interesa mucho, á lo que parece, mi parienta, buena mujer, dijo el rey, á quien se habia hecho fuertemente estraño el afan con que doña María miraba á Amina.

— ¿Parienta vuestra es esa doncella, caballero? dijo doña María volviéndose al rey, y mirándole profundamente.

— Y de la parte del corazon, contestó el rey, que continuaba mirando con arrobamiento á Amina, que de instante en instante le parecia mas hermosa.

— Pues yo hubiera dicho que esa doncella era de la otra parte de la frontera, del reino de Granada.

— ¿Por qué lo decís?

— Por la vestimenta y por el peinado, porque

solo las doncellas moras llevan las trenzas de esa manera y partido de esa manera el cabello, y porque las alhajas que lleva sobre sí no son como las de esta tierra, sino como las de tierra de moros.

— ¿Y qué sabeis vos de eso, buena mujer? dijo con impaciencia el rey.

— ¡Ay, caballero! contestó doña María, que yo he estado mucho tiempo sobre la frontera de los moros, y me he tratado mucho con ellos, porque mi marido, que santa gloria haya, que le mataron los moros en el cerco de Alcaudete hace muchos años era adelantado del reino de Jaen por el señor rey D. Alonso, padre del señor rey D. Pedro, que dicen que es muy justiciero, y yo sé que no lo es.

— ¡Vive Dios! doña embaucadora y embustera, esclamó el rey, cuyo semblante tomó la palidez letal de su tremenda cólera; ¿pues quién os ha dicho ni ha podido decir, que el rey de Castilla no es justiciero?

— Sí, defendedle bien, porque hoy sin duda os favorece; pero guardad no os tome mañana la cabeza, porque dicen que el rey se ha vuelto loco y necesita matar todos los dias un rico y poderoso noble para no aburrirse de tristeza.

— Bien traido y bien llevado es, á lo que veo, el nombre del rey de Castilla; y ¡pardiez! que no le placeria mucho oir lo que de él se dice.

— Pues decídselo, si, como lo parece, sois su privado y os atreveis, porque los que reciben mercedes de los reyes deben serles leales y servirlos bien, y decirles las quejas de sus vasallos para que pongan remedio en ello. Los que con los reyes privan, deben ser como mi marido Gutierre Dávalos, que porque era favorecido del rey D. Alonso, le sirvió tan bien, que no quiso tomar el tesoro que el rey de Granada le daba porque dejase una noche sin guardas el adarbe del muro y abierto el postigo del Tajo; y enojado el rey moro, echó sobre la

villa de Alcaudete mucha caballería, con muchos ingénios, y aportilló los muros del Alcázar y le tomó á escala franca, y mi marido murió como bueno en el portillo, pagando con su sangre las mercedes que le habia hecho su rey.

Y doña María se enjugó las lágrimas que habian brotado á sus ojos.

El rey callaba y miraba profundamente á doña María, á quien no tomaba por loca, como la habian tomado otros.

Doña María continuó despues de algunos momentos de silencio:

— Pero ya se vé, los que mas privan con los reyes no son los que mueren al rigor de las lanzas enemigas, porque no saben separarse del rey, á quien chupan la sangre, y al que sirven mañosos y arteros, halagando sus flaquezas para que no sienta las chupaduras, como dicen que hacen los vampiros, que halagan moviendo el aire con sus

alas, á la persona cuya sangre beben. No, no, los que mueren por el rey, son tan rudos como leales; no saben decir mas que la verdad, y la verdad disgusta á los príncipes.

— Y sin duda porque yo no soy el rey, estais vos diciendo verdades como montañas; que si yo fuera el rey no las dijeráis, por no disgustarme.

— Diria yo al rey, contestó enérgicamente doña María, si pudiera hablarle, cosas que le pondrian espanto.

— Pues os aseguro, contestó el rey sonriendo, que Su Señoría no adolece de espantadizo.

— ¡ Ya sé yo, dijo doña María, que hacia tiempo habia acabado de cubrir la mesa, con parte del servicio, y se apoyaba en ella sin dejar de mirar ni un solo momento mientras hablaba á Amina ; ya sé yo que el rey es fiero, como lo fué su padre, y lo fueron sus abuelos, que el rey D. Pedro viene de muy buena sangre braba, y que tiene es-

pantados á los grandes señores; pero mata á diestro y siniestro, sin saber lo que hace, y las cabezas mas culpables las tiene á su lado ó en altos y en grandes oficios en el reino. Y estos tales, vendiendo la justicia y haciendo cohechos y tiranías, malquistan al rey con sus vasallos pobres, y le hacen odioso, porque cuando los reinos no encuentran amparo y justicia en el rey, y están pobres y hambrientos y despedazados por los poderosos que el rey ensoberbece con sus mercedes, les pesa de tener un tal señor que los deja en la boca del lobo.

— Os juro, dijo D. Pedro, que lo que estais hablando es como si lo oyera el rey, y os afirmo, que si razon teneis en aquello de que os quejais, justicia se os hará cumplida, y tal, que pondrá espanto á los presentes, y guardarán de ello memoria los venideros.

— Pues que Dios os bendiga, señor, si tal hiciereis, y habeis de saber que no ha habido caballero

que venga á esta hostería á quien yo no haya contado el cuento de mis desventuras, por ver si llegaba á oidos del rey y me hacia justicia, porque lo que á mí me sucede es lo mas estraño que ha sucedido jamás á persona alguna; como que estoy sirviendo pobre y desgraciada en la misma casa en que fuí rica y señora, cuando Dios queria. Pero todos se han mofado de mí, porque me han creido loca, y sin embargo, yo he seguido contando mi cuento á todos los que han seguido viniendo. Vos no me creeis loca, ¿no es verdad?

— No sé qué deciros, porque se dice de muy antiguo, que los que dicen las grandes verdades son los niños y los locos; y vos me habeis echado encima tal cúmulo de verdades, que me siento agoviado por su peso.

— ¡Ah! no, no creais por Dios eso, señor, que tambien dicen verdades los desesperados.

— ¿Sois en verdad la viuda del buen adelantado

del reino de Jaen Gutierre Dábalos, de quien he oido contar en la córte á los viejos que le conocieron muchas y muy buenas y muy brabas cosas?

— Os juro por la sacratísima y preciosa sangre de Nuestro Divino Salvador, que yo soy la desventurada viuda del buen caballero Gutierre Dábalos.

— ¿Y cómo puede ser eso, contestó D. Pedro, si yo he oido decir que la viuda de aquel caballero fué hecha cautiva en la toma de Alcaudete por los moros, y murió de pesadumbre en Granada?

— Esas malas y mentirosas noticias hicieron correr mis parientes para heredarme, y cuando por la misericordia de Dios y por el amor de un moro me ví libre en mi tierra, se atrevieron á desconocerme, á decirme que mentia; quince años, señor, hace desde que empezó el pleito, y no alcanzo justicia, y el pleito está parado y en olvido, y cuando yo pido no me oyen, y cuando insisto, me amenazan

con ponerme presa por embustera.

— Una prueba de lo que decís, señora, dijo el rey.

— Tal prueba os daré, que si la decís al rey, el rey os dirá si yo soy ó no la viuda de Gutierre Dábalos.

— Veamos esa prueba.

— ¿ Hablar con vos es como si yo hablára con el rey ?

— Sí, contestó D. Pedro, yo os lo juro, por mi fé de cristiano y de caballero, yo soy la persona mas allegada al rey; yo estoy siempre donde el rey está; yo sé lo que el rey piensa y hasta lo que el rey sueña.

— ¿ Sois vos, por ventura, D. Diego García de Padilla?

— Mas cerca, mucho mas cerca aun; el buen maestre de Calatrava sabe lo que el rey quiere que sepa, yo lo sé todo; no pretendais saber mi nom-

bre, porque no os lo diré; no os conozco bien y no quiero que se sepa que yo he venido aquí esta noche con esta dama.

— ¿Y esa dama?... esclamó con un vivísimo interés doña María.

— De esa dama, que me interesa mas de lo que podeis creer hablaremos mas adelante. Decidme, pues, lo que teneis que decirme, probadme que sois la viuda del buen hidalgo Gutierre Dávalos.

— A vos solo.

— En buen hora, apartémonos.

IX

Levantóse el rey, atravesó la cámara, y fué á sentarse en una especie de canapé ó escaño de roble que habia en un ángulo.

Doña María, que le habia seguido, permaneció de pié, y desde allí continuó mirando intensamente á Amina.

— Sentáos, sentáos, sois anciana y no quiero que os fatigueis.

— Dios os pague vuestra caridad, señor, dijo doña María. Es verdad, parezco anciana, y lo soy, porque todo me fatiga; pero aun no tengo cuarenta y cinco años. Las penas, y los trabajos, y humillaciones, y el no saber si mi hija es muerta ó viva, me han puesto así.

— Hablad, hablad, señora, dijo D. Pedro un tanto conmovido.

— Pues bien; oid, caballero, dijo doña María, bajando la voz. ¿Hace mucho tiempo estais al lado del rey?

— Toda mi vida; no solamente he sido su compañero de infancia, sino que nos ha amamantado un mismo pecho.

—¡Ah! ¿sois hermano de leche del rey?

— Sí, sí, señora, y creo que por esto el rey y yo tenemos el mismo génio y nos impacientamos fá-

cilmente, tanto el uno como el otro. Acabemos de una vez, señora.

— El rey D. Pedro fué muy precoz.

— Lo sé, adelante.

— A los trece años, el rey D. Pedro, príncipe entonces, y desterrado con su madre la reina doña Catalina, era ya alto, crecido, brabo, irascible.

— Lo sé, adelante.

— ¿Sabeis que á los trece años el rey mató por su propia mano á un hombre?

— Sí, dijo el rey reprimiéndose.

— Vamos, dijo doña María, ya veo no sabeis todas las cosas del rey.

— Seguid, seguid. ¿Cómo se llamaba ese primer hombre á quien mató el príncipe D. Pedro?

— Se llamaba el Zurdo.

— ¿Su nombre?

— No lo recuerdo.

— ¿Su oficio?

— Ballestero de la reina doña Catalina.

— ¿Dónde le mató el príncipe?

— En un callejon del muro del Alcázar de Tordesillas, junto al postigo de los Monteros.

— Si recordais el sitio y el nombre del postigo, ¿cómo no recordais el nombre del muerto?

— Yo soy de Tordesillas, señor.

— ¿Fué de dia ó de noche, cuando el príncipe mató al ballestero?

— Le mató una noche de Navidad, fria y lluviosa, antes del amanecer.

— ¿Por qué le mató?

— Porque el príncipe creia que el Zurdo era amante de su madre.

— ¡Dios de Dios! esclamó el rey; tambien eso. ¿Habeis contado ese cuento á alguien, señora?

— ¡Ah! no, no, esclamó espantada doña María, por el semblante que habia puesto el rey, y por el movimiento que habia hecho.

— Yo no os diria esto, si no me hubiéseis dicho y jurado, que hablar con vos era como hablar con el rey, y si no estuviese desesperada y necesitada de amparo.

— Seguid, seguid, señora, dijo el rey, que estaba de todo punto sombrío. ¿Cómo mató el príncipe al ballestero?

— El Zurdo tenia la estocada en la espalda.

— Es verdad, dijo el rey. Hay justicias secretas que deben hacerse sin que las vea mas que el cielo, que lo vé todo, sin que conozca cuál es la mano que le hiere, el sentenciado que cae bajo el golpe de la justicia. Pero si esto fué tan secreto, ¿cómo lo sabeis vos, señora?

— Preguntad al rey si era entonces su camarero mi marido.

— Pero si el rey hizo tan secretamente aquella justicia, no debió confiárselo á vuestro esposo, por mucha confianza que en él tuviese.

—Mi esposo, señor, amaba al príncipe, vivia junto á él, habia observado que el príncipe se descolgaba de noche por una ventana de su cámara, se iba á visitar á cierta dama, y tornaba antes del amanecer, y volvia á entrar en su cámara, subiendo por la misma escalera que le habia servido para bajar al cuarto del Alcázar, del cual salia por un postigo, cuya llave se habia procurado. Mi marido no podia evitar esto, pero podia guardar al príncipe, y como este no salia mas que las noches oscuras, cuando venian estas mi marido iba á apostarse en la sombra, cerca del postigo del huerto del Alcázar, y llevando unas abarcas para no ser sentido, seguia lealmente guardando al hijo del rey su señor, y dispuesto á morir en su defensa. Una noche, despues de salir el príncipe de la casa de la dama que le entretenia, en vez de tomar hácia la puerta baja del Alcázar, donde estaban sus habitaciones, tomó hácia la parte alta, donde estaban las habitaciones de la reina

su madre, y se metió por el callejon del Muro, á que correspondia el postigo de los Monteros. El príncipe se pegó al muro, cerca del postigo, y permaneció inmóvil y envuelto en la sombra. Mi marido, á alguna distancia, y por la sombra envuelto, esperó tambien. Pasó algun tiempo : allá al Oriente empezaba á verse una claridad dudosa: apuntaba el dia. Se oyó entonces crugimiento de llaves y cerrojos en el postigo, se abrió este, y salió un hombre. Apenas habia dado algunos pasos, aquel hombre cayó, y solo pudo decir con voz ronca y débil: *Dios me valga! Permita Dios que el que me ha matado muera de mala muerte como yo.*

X

Al rey se le erizaron los cabellos, se le encresparon, se le abultaron terribles, como la melena de un leon irritado.

Muchos hombres, funestámente célebres, han tenido la estrema singularidad de que se les encrespasen los cabellos, lo que quiere decir que ha habido, hay y habrá hombres fieras.

Doña María se espantó.

— Seguid, seguid, dijo con voz opaca, sorda, sombría, el rey.

Y sus encrespados cabellos volvieron á caer naturalmente en los sedosos y pesados rizos, que tan hermoso le hacia.

— El príncipe, dijo doña María continuando, siguió; mi marido, fiel á su propósito, le siguió como su sombra, y cuando el príncipe hubo entrado por el postigo del huerto del Alcázar, se fué á nuestra casa mi marido. Yo estaba inquieta, desvelada, me habia causado pena el no tenerle á mi lado la noche de Navidad, en que todas las familias están juntas. Ví á mi marido triste, pensativo, grave, como asustado; le pregunté, se disculpó; no me sa-

tisfizo su disculpa, insistí, rogué, y me lo contó todo.

Si creeis que esto puede decirse al rey; si sois tan suyo que el rey no sienta que vos conozcais su secreto, decídselo, caballero, y el rey os dirá:

— Sí, sí, esa es la viuda de mi buen camarero Gutierre Dábalos, del que murió despues por ser leal á mi patria, en el aportillado muro de la villa de Alcaudete.

— Lo sabrá el rey, contestó D. Pedro, y si como decís estais tan necesitada de justicia, justicia se os hará, y cumplida, vive Dios, yo os lo afirmo en nombre del rey, y aun me atrevo á empeñaros su palabra real.

— ¡Oh! Dios os lo pague, caballero, Dios os lo pague, esclamó doña María trasfigurada por una delirante esperanza. Que sea yo rica, poderosa, para ir al reino de Granada á buscar á mi hija, á saber si vive, y si vive, á rescatarla, si es esclava.

¡Oh! por ella, por ella sola he pedido yo á Dios fuerzas para soportar mis desventuras, esperando un dia de justicia, y Dios me las ha dado. Si no fuera por mi hija, ¿qué me hubiera importado morir?

XI

El rey se levantó, fué al sillon donde habia dejado su birrete, y se lo caló hasta las cejas.

Luego se embozó en su manto hasta los ojos, y fué á la puerta del aposento.

— ¡Hola! mozo, dijo con voz potente.

No tardó en aparecer el mismo mozo que ya conocemos, soñoliento y de mal humor.

— ¡Cena para tres personas, y de lo mejor que hubiere en la hostería!

— ¿Para tres personas? dijo admirado el mozo; ¡ah! ya, sí, ¿esperareis á alguien?

— No; los que han de cenar conmigo, están aquí.

— Bien, muy bien, señor, contestó el mozo, mirando con asombro á doña María, que permanecia aun agobiada en el escaño, y asustada y pesarosa de lo que habia dicho, porque temia haber cometido una imprudencia.

CAPITULO XI

EN QUÉ DOÑA MARIA EMPIEZA A CONTAR SU HISTORIA.

CAPITULO XI

EN QUÉ DOÑA MARIA EMPIEZA A CONTAR SU HISTORIA

I

El mozo salió asombrado.

Mientras volvia el rey estuvo paseando meditabundo y con la cabeza inclinada sobre el pecho

El mozo volvió con otros dos y sirvió completamente una buena cena.

Permanecian allí para servirla.

— Salid, les dijo el rey.

Los mozos salieron.

El rey cerró la puerta de la cámara y guardó la llave en su limosnera.

Despues arrojó sobre un sillon su birrete y su manto y se desciñó su espada y su puñal.

— Vive Dios, dijo, que la aventura es buena y no esperada : cierto es que me ha atormentado esa doña María recordándome aquello del Zurdo, pero mejor es esto que aburrirse en la cámara del Alcázar pensando en vasallos rebeldes.

Y luego dirigiéndose á doña María la dijo:

— Venid, señora cenemos.

— ¡ Ah ! gracias, dijo doña María levantándose : esto quiere decir que vos os habeis convencido de que yo soy quien soy.

— He sentido en vuestro acento, el acento de la verdad, y podeis contaros por repuesta de vuestro estado : por lo mismo desde ahora dejais de ser pobre y de servir.

— ¡ Ah señor ! ¡ Dios os lo pague! esclamó doña María arrojándose á los piés del rey.

— Alzad, alzad, dijo este : sentáos aquí con esta dama y yo : cenemos.

— ¡ Ah señor ! no es esta la primera vez que ceno en esta cámara y bien servida, pero desde mí última cena en ella, han pasado muchos años.

— Mientras cenamos nos contareis la historia de vuestras desdichas, dijo el rey sirviendo el plato y luego la copa á Amina que estaba muy preocupada.

— Contaré mientras cenais, vos y esa dama : yo no puedo cenar : me ahoga la alegría.

— ¡ Bebed! ¡ bebamos! dijo el rey.

— ¡ Ah ! ¡ no ! ¡ no señor ! nunca bebo, una vez bebí por olvidar mis penas ; me embriagué y me volví loca : estuve encerrada mucho tiempo hasta que al fin me soltaron por no mantenerme, diciéndome que estaba buena.

El rey miró de una manera atenta á doña María.

Esta comprendió la intencion de la mirada del rey y se apresuró á decir:

— Pero ya no estoy loca, señor, ya no estoy loca, á no ser que me haya vuelto loca la alegría: si estuviera loca, no os hubiera podido contar la historia que os he contado.

— ¿ Y quien sabe, dijo el rey, si esa historia es hija de vuestra locura ?

Doña María miró con espanto á D. Pedro.

Era tan desgraciada que desconfiaba de su razon y dudó.

— ¡ Mentira ! ¡ mentira ! esclamó,

— Olvidadla, señora, olvidadla, porque es una invencion muy peligrosa, dijo el rey : cenad, yo os lo aconsejo : este solomo de jabalí huele muy bien.

Y sirvió el plato á doña Maria.

Esta comió tranquilamente.

En cuanto al rey, se puso á cenar con muy buen apetito.

Le entretenia y le conmovia y le interesaba por el punto de vista de su pasion, por la justicia aquella aventura.

Digámoslo de paso, D. Pedro, que se permitia todo género de faltas, de escesos y aun de crímenes, era severísimo para castigar las faltas, los escesos y los crímenes de sus vasallos.

III

— ¿Hacedme la merced, señora, dijo D. Pedro ocultando con su escesiva cortesía su estado y tratando como una igual á doña Maria, cómo tuvieron principio vuestras desventuras y cuáles ha-

yan sido estas? Es necesario que el rey sepa lo que habeis sufrido y las injurias que os han hecho para que os haga completa justicia.

Y el rey miró de una manera profunda é intencionada á Amina como advirtiéndola de que no cometiese ninguna imprudencia que pudiese advertir á doña María de que él era el rey.

IV

Doña María permaneció por algun tiempo silenciosa y meditabunda como coordinando sus recuerdos y luego dijo:

— Nací en Tordesilla, de padres ricos é ilustres, como que mi padre fué D. Juan Lopez de Caicedo, alférez mayor de la villa y regidor perpétuo de su consejo.

— Gran persona, de la que he oido hablar mucho á los viejos de estos reinos que andan por la córte.

— Sí, señor, contestó doña María. Gran persona pero desventurada, porque á poco tiempo de haberse casado y caliente aun el pan de la boda hubo de salir con las gentes que la villa de Tordesilla sevíaba á la reina doña María de Molina para ayudarla contra sus vasallos rebeldes, y apenas llegado al campo de la reina, murió en batalla.

Quedóse desconsolada y triste para toda su vida mi madre y yo rica, muy rica, pero huérfana.

Crióme la sin ventura de mi madre en el temor de Dios y en su buen ejemplo. Pero no pudo acabar de criarme, porque el mismo dia en que cumplia mis diez años murió al rigor de su tristeza, que en vez de curar el tiempo habia aumentado hasta hacerse mortal.

Quedé en poder de un tio, fraile francisco, que como no podia tenerme á su lado, me metió en el convento del Amor de Dios, donde era monja una mi tia, prima de mi madre.

Pero para qué cansarse, señor, como yo era la última de mi familia y rica, para que no se acabase nuestro linaje, mi tio, concertó mi casamiento con un hidalgo jóven, rico, é ilustre, á quien yo no conocí hasta el dia en que nos desposamos.

Este hidalgo era Gutierre Dábalos, de la casa del rey D. Alonso y su camarero, que servia á la reina doña Catalina.

Permanecimos, pues, en Tordesillas, de donde los dos éramos naturales. Parecia como que el cielo habia querido que naciésemos para amarnos, porque con las entrañas nos amamos en el punto y hora en que nos vimos.

No tardó Dios en concedernos una desventurada hija, nacida para no conocer á sus padres, y

tal vez para desventuras que me ponen espanto en el alma, aunque no las conozco y hacen mis dias tristes, y mis noches sin sueño. En fin, queriendo el rey premiar la lealtad y los buenos hechos de mi marido, le llamó á su córte poco despues de haber acontecido la triste aventura que antes he contado.

Cuando pasamos á Valladolid, donde mi esposo tenia mucha hacienda y estaba por entonces la córte, el rey D. Alonso hizo su repostero mayor á mimarido, y en Valladolid vivimos honrados y contentos en esta misma casa que era nuestra.

Revolviéronse por entonces los Moros de Andalucia, y el rey atento á la defensa de sus fronteras, hizo á mi marido adelantado del reino de Jaen.

Marchamos allá, nuestra hija contaba entonces cuatro años y era hermosa como un ángel.

Durante seis meses, aunque los Moros amenazaban siempre, no se atrevieron á acometer las

fortalezas de la frontera, que se sabia estaban bien defendidas.

Pero la noche de Navidad, y mientras todos estábamos en la misa del gallo, los guardas de los muros dieron la voz de alarma. Un innumerable enjambre de Moros habia acometido á Alcaudete, y á pesar de la oscuridad de la noche, trabajaban poderosamente los muros con sus ingenios para aportillarlos.

Mi marido apenas tuvo tiempo para armarse, reunir á la gente é irse á defender un boquete que los Moros habian abierto en la muralla y por el que pretendian entrarse en la villa.

El combate fué largo y terrible, la noche oscura y espantosa.

Retronaba en derredor el combate y sobre él se oia retumbar incesantemente la gran campana de la torre mayor del Alcázar què llamaba al

socorro de Alcaudete á los hombres de las alquerías y lugares circunvecinos.

Pero nadie acudió. Mi esposo cayó fatigado y cubierto de heridas, faltó la cabeza, todo fué desórden, y los Moros entraron en la villa, la entregaron al saqueo, y antes que el dia esclareció la sombra el incendio de nuestros hogares.

En vano fué buscar la salvacion en la fuga. Estábamos acorralados, por donde quiera que íbamos encontrábamos los feroces Moros que con antorchas en las manos entraban en las casas, cautivaban á los hombres y á las mujeres jóvenes y á los niños, degollaban á los viejos, y ponian fuego á la casa que acababan de cubrir de luto y de horror.

Yo con mi hija, con los haberes que en Alcaudete tenia y con algunos hombres escasos en número, pero esforzados, me habia amparado del castillo

desde cuyos adarbes veíamos los horrores, á que la villa estaba entregada.

El dia no vino mas que para aumentar el horror.

Los Moros cercaban el castillo, procuraban subir á sus adarbes arrimando á ellos escalas, y por la parte en que yo estaba animando á los defensores, algunos Moros furiosos adelantaban trayendo en una pica una cabeza sangrienta, la cabeza de mi marido.

V

Doña María, conmovida por aquel funesto recuerdo rompió á llorar.

Hubo algunos momentos de silencio durante los cuales el rey respetó el dolor de aquella desgraciada.

Amina la miraba con un vivísimo interés.

Al fin doña María levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó:

— Pero ni la sangrienta vista de la cabeza de mi marido que me causaba un dolor insoportable, ni las tremendas amenazas de los Moros de arrasar con sus ingénios el castillo y degollar á todos sus defensores, fueron parte para que yo consintiese en entregar la fortaleza.

Por el contrario, con mi hija huérfana en los brazos recorria los adarbes y alentaba á los soldados para que, siguiendo el ejemplo de su capitan, se dejasen matar antes que faltar á la lealtad al rey, su señor.

Y los soldados, inflamados por mi palabra y por mi ejemplo, acudian aquellos lugares de los muros que estaban mas amenazados y peleaban como leones, y resistian una y otra furiosa embestida de los Moros. Y entretanto la campana de la gran torre del Alcázar no cesaba un mo-

mento llamando á nuestro socorro á los habitantes de nuestra comarca.

Pero nadie venia. Tenian miedo á los escuadrones moros que cercaban el castillo á la redonda.

Y mis soldados iban cayendo uno á uno.

Y pasaba el tiempo.

Y á medida que el tiempo pasaba, se iba reduciendo el número de mis valientes.

Pasó todo el dia, empezó á caer la tarde y á la par el terror sobre nuestros corazones.

Las tinieblas debian dificultar la defensa.

La noche debia ser sangrienta, horrible, y lo fué

Conté yo mis soldados, no podian acudir á todas partes, poco despues de haber cerrado la noche el castillo fué entrado por los Moros por un portillo que hicieron en las murallas.

Un resplandor rojizo disipó las tinieblas.

Era que los Moros incendiaban el castillo como habian incendiado la villa.

Y á la luz espantable producida por los edificios que ardian, se veian cruzar por todas partes los moros como demonios, negros de humo, rojos de sangre, entregándose al pillage, ahullando furiosos, rugiendo como tigres, y matando sin piedad en cumplimiento de su espantosa amenaza á la multitud de vecinos de la villa que habian huido de ella y se habian refugiado en el castillo.

Ni lo venerable de las canas, ni la hermosura de las mujeres, ni la debilidad de los niños, ni las lágrimas, ni las desesperadas súplicas contenian aquellas fieras.

Habían perdido mucha gente en las repetidas escaladas que habian dado á los muros y estaban ébrios de furor y sedientos de sangre.

Algunos de sus capitanes cansados ya de matar quisieron poner fin al estrago.

Pero inútilmente.

Parecia como que sentian no estuviese reunida allí toda la cristiandad para esterminarla, vengando á sus compañeros muertos.

Y acontecieron allí cosas horribles.

Los hijos eran arrancados de los brazos de sus madres, la esposa de los del esposo, el hermano de los del hermano, y los infelices desgarrados por heridas, vivos aun muchos de ellos, eran arrojados á los volcanes que se encontraban por todas partes.

Muchos ni suplicaban ni huian ; estaban arrodillados y rezaban, y de aquella manera les sorprendia la muerte.

VI

En cuanto á mí, dijo doña María continuando despues de algunos instantes de silencio, corria de acá para allá con mi hija en los brazos palpitan-

te, estremecida de terror, transida de horror, esperando que cada instante que transcurria fuese aquel en que, arrebatándome mi hija de mis brazos, la matasen delante de mí estrellándola la cabeza contra un muro, como habia visto hacer con los pequeñuelos de otras infelices madres.

Pero parecia que Dios me protegia.

Cuando venia sobre mí un tumulto de Moros encontraba un resquicio por donde escapar á un lugar solitario donde alentaba algunos momentos.

Pero no tardaba mucho en verme obligada á huir de nuevo.

Otro tumulto de Moros se me echaba encima.

Y era tan patente el favor de la Providencia, que alguna vez que no pudiendo escapar se me echaron los Moros encima, pasaron á mi lado sin reparar en mí.

Y así escapando unas veces, no siendo reparada

otras, me encontré de improviso sobre un monton de escombros del muro aportillado por donde habian entrado los Moros.

Llegaba allí el reflejo del incendio.

La altura era formidable.

Los escombros cedian bajo mis piés.

Yo me sentia descender sin poder contenerme.

Escapaba de un peligro para dar en otro.

El declive por donde descendía á mi pesar, terminaba en un tajo de una altura inmensa bajo el cual corria el rio.

Los escombros que cedian bajo mi peso rodaban y yo los sentía caer zumbando sobre el Tajo, y luego producir en el agua un chasquido lúgubre, horrendo.

Yo descendia, descendia.

La piedra en que ponia el pié cedia bajo mi peso y rodaba.

Yo estrechaba contre mi corazon á mi hija y

oraba fervorosamente á Dios para no ser despeñada.

Queria vivir por que mi hija no muriese.

Sin ella la muerte hubiera sido para mí una felicidad, y en vez de huir de los cuchillos de los alarbes me hubiera arrojado sobre ellos.

Pero ¿porqué habia de morir mi hija cuando empezaba á vivir?

Y luego ¿qué madre hay que no haga hasta lo imposible por salvar á su hija?

Y descendía, y descendía.

Tocaba casi al borde del Tajo.

Un descenso mas, y todo habia concluido.

Hubo para mí un instante terrible, largo como una eternidad, insoportable como un infierno.

Yo no sé lo que fué de mí en el trascurso de aquel instante.

De improviso, sentí una alegría infinita.

Aun podia tener esperanza.

Y una vislumbre de esperanza cuando la ho-

mos creido perdido todo, es una felicidad de los cielos.

Mi pié habia encontrado un punto de apoyo en un dentellon de la roca al borde mismo del Tajo.

Recobré mi razon, apelé á toda la fuerza de mi voluntad, á todo mi valor.

Un momento de irreflexion ó de miedo podía hacérmelo perder todo.

Esperé, examiné el terreno y me estremecí.

A la derecha tenía un abismo tenebroso, á mi izquierda, sobre mi cabeza, un altísimo declive cubierto de escombros, sobre el cual, enrojecido por la luz del incendio, se veia el muro aportillado.

Delante, y en un asperísimo descenso, una escalera muy difícil, formada por asperezas de la roca.

Sin embargo, y confiando en el amparo de Dios,

me aventuré por aquella asperísima cortadura y descendí lenta, muy lentamente.

Oia sobre mí, allá en la altura, en el castillo, los bramidos del incendio y los alaridos de furor de los Moros que continuaban matando.

Por debajo el despeñarse del rio por las quebraduras del Tajo.

Y seguia descendiendo, y á medida que descendía, crecia mi esperanza de salvar á mi pobre hija.

Me rodeaba la sombra.

La noche era muy oscura y el reflejo del incendio no llegaba hasta allí.

Sin embargo, esta oscuridad que me protegía, me inquietaba porque no podia juzgar del terreno y descendía á tientas.

En cambio, el lugar por donde avanzaba estaba completamente solitario.

A mi derecha, nada se veia, nada mas que una masa densa de sombra.

Pero á mi izquierda, á mucha distancia, se veian las hogueras de los campos de los escuadrones moros que se estendían en círculo.

Era indudable que de la otra parte del rio no habia nadie.

¡ Oh ! ¡qué noche, señor! ¡qué noche! Yo creia que nunca iba á llegar á lo llano, al terreno fácil.

Al fin tropecé en un árbol, luego en otro. en otro despues.

A poco, mis piés se mojaron; estaba en el rio.

Yo sabia demasiado que el rio por allí no era profundo.

Pero en cambio corria con gran rapidez, y por lo tanto con gran fuerza.

Atreverme á pasar el rio, era atreverme á perderlo todo.

Volvió mi angustia; siguiendo por la márgen del rio hubiera ido á dar á los campos moros.

Ocultarme entre los árboles de la ribera, era una imprudencia.

No habia que perder tiempo.

Debia suponerse que los Moros harian un reconocimiento en busca de los que hubiesen podido escapar por el momento de aquella tragedia.

Seguí, pues, por la márgen del rio adelante buscando un lugar en que la corriente fuese menos rápida.

De improviso tropecé en un grueso madero.

Sentí luego bajo mis piés troncos de árboles, reconocí y comprendí á poco que aquello era un puente.

Entonces recordé que la tarde anterior habia visto desde el castillo que los Moros echaban aquel puente sobre el rio.

Me arrodillé, dí gracias á Dios y besé delirante á mi hija.

Pasando aquel puente, internándome en las tierras del otro lado del rio, para no ser vista cuando amaneciese, y andando bien podia llegar temprano á la otra villa fronteriza de Martros.

Dios me daba fuerza.

La fiebre abrasaba mi frente y sin embargo me tenia de pié.

Mis piés estaban ensangrentados, doloridas mis piernas, sin embargo, andaba, y andaba rápidamente.

Y así atravesando, deteniéndome de largos en largos espacios para tomar aliento, anduve toda la noche esperando á que amaneciese, á que saliese el sol para orientarme y ganar la frontera cristiana, porque yo tenia la seguridad de que era tierra de Moros aquella sobre la que marchaba.

Pero amaneció y no pude orientarme.

Me habia metido en un estrechísimo cañon tortuoso, informe, cuyos lados se tocaban por muchas partes, cubierto en las restantes por brezos y malezas que apenas dejaban penetrar en el profundo fondo en que me encontraba una luz sombría.

Aquello era una raja inmensa entre dos montañas de pedernal.

La direccion era obligada.

Si seguia adelante precisamente, habia de seguir por el fondo de aquella grieta.

Volviendo atrás, podia tal vez encontrarme mas pronto en campo abierto.

Y atrás me volví, y anduve mucho tiempo, mucho.

El sol estaba ya alto, cuando saliendo de la cortadura pude verle.

VII

Doña María se detuvo como para tomar algunos momentos de descanso.

El rey habia acabado de cenar y tomaba de tiempo en tiempo un sorbo de vino de una copa que tenia delante.

Parecia muy preocupado, y su mirada no se apartaba de Amina que, apoyada la cabeza entre sus manos, parecia estraña á todo.

Doña María durante su relato, no habia dejado ni por un momento de contemplar á la jóven.

Parecia que en su alma habia una doble actividad.

Doña María continuó al fin.

VIII

Me encontraba á la entrada de un pequeño y amenísimo valle escondido entre montañas, en medio del cual habia una grande blanca alquería.

Pero aquella alqueria era de Moros.

Tuve miedo, no de aquellos labradores que debian ser pacíficos, sino de que por codicia me llevasen á Granada para venderme como esclava.

Un caminejo cruzaba à poca distancia de mí.

Pero estaba solitario, solitaria la parte de tierra que yo veia.

Aquel caminejo se perdía á alguna distancia por mi izquierda entre espesos árboles, y si llegaba á ellos sin ser vista, era posible que durante mucho tiempo aquellos árboles me ocultasen.

Adelanté, pues, y me metí por la arboleda.

Pero no pude dejar el camino porque le cerraban de ambos lados espinos muy altos, muy espesos y muy fuertes.

Pretendí abrirme por ellos un paso, y solo conseguí herirme las manos.

Me ví obligada á seguir á lo largo del camino que se perdia entre los árboles.

A poco me detuve aterrada.

Habia oido las pisadas de un caballo. Pero antes de que yo viese este caballo, aparecieron cuatro Moros ballesteros que, á juzgar por la riqueza de sus trages y de sus armas, debian ser esclavos de un Moro de gran linage.

En cuanto aquellos esclavos me divisaron, avanzaron á la carrera y me rodearon corriendo con una feroz alegría.

— ¡Una cristiana ! esclamaron, y una cristiana principal, escapada sin duda de Alcaudete, porque trae sangre en los vestidos.

— Desventurada, esclamó sobreviniendo el ginete que era un caballero moro de larga barba blanca y de semblante noble, hermoso y benévolo.

IX

Yo comprendia bastante bien la lengua de los Moros, porque durante mi permanencia en Alcaudete habia tenido por doncellas cuatro Moras cautivadas por mi marido.

Ellas además me habian enseñado una lengua que se llama *aljamia*, que es una mezcla de arábigo y castellano, que hablan todos los habitantes de la frontera ya sean cristianos ó Moros.

Al caballero que venia delante seguian muchos ginetes, negros africanos, armados de todas armas y con una ostentacion tal, que sus alquiceles que eran rojos estaban bordados de oro.

— Amparadme, señor, dije al anciano caballero; yo soy una desventurada que lo ha perdido todo, no me queda mas que mi hija, no me la quiteis señor, no me separeis de ella, porque moriré desesperada.

— Desesperar madres y matar niños y ancianos, ofendiendo á Dios, dijo aquel caballero, se queda para ese lobo berberisco Aliatar el Bermejo, y allá voy yo, á tomarle la cabeza por haber roto la tregua y la buena paz que teníamos con el rey de Castilla.

— Vive Dios, esclamó el rey, que aquel desafuero se lo hizo pagar harto caro á los Moros, el buen rey D. Alonso mandando á sus fronteros les talasen las tierras por tres años, y no cesasen de hacer entradas y matar gente hasta que se contasen diez Moros granadinos muertos por cada muerto de los de Alcaudete.

Pero veamos lo que os pasó con aquel buen caba-

llero moro, que yo no niego que hay Moros que son muy buenos caballeros.

— Si aquel hubiera sido cristiano, dijo doña María, hubiera sido un santo.

— ¿Luego os fué bien con él?

— Bien, no, porque se enamoró de mí, y no quiso volverme á Castilla ni dar noticias de mí á mis parientes.

Pero continuo : mi buen señor.

— ¿ Cómo, dije yo á aquel caballero, si no sois de los de Alcaudete, cómo sabeis la terrible tragedia que allí ha acontecido ?

— Testigos de ello han sido algunos fronteros corredores del rey de Granada, que han volado á avisarle lo que se atrevía á hacer sin su consentimiento contra una villa del rey de Castilla, su aliado, el feroz Jeque Mahomet Aliatar el Bermejo, de lo cual se ha enojado grandemente el rey y tanto mas cuanto que tiene mucha estimacion al

buen adelantado Gutierre Dábalos, porque no hace correrías ni desafueros en las tierras del reino de Granada.

X

Yo me eché á llorar amargamente al escuchar el nombre de mi marido.

— ¿ Por qué lloras, hermosa señora, me dijo con una voz sumamente afectuosa el anciano caballero.

— Yo soy, le contesté, la desventurada viuda de ese buen Gutierre Dábalos, y esta mi hija que veis en mis brazos es su huérfana.

— ¡ Cómo ! esclamó el anciano, el valiente alcaide de Alcaudete, mi buen amigo, es muerto ?

— Sí, señor, le contesté, y le hice el triste relato de lo que habia acontecido, cómo habia yo defendido el castillo, y cómo para vencer mi

constancia el infame acometedor de Alcaudete, me habia presentado puesta en la punta de una pica la cabeza de mi marido.

— Por el santo Alá, por el arcangel Azrael, por la Meca, por Mahoma y por su madre Fatima la Santa, esclamó el anciano, te digo, señora, que mas le valiera al Bermejo no haber nacido que hacer lo que ha hecho, y sús, vamos que ya me tarda castigar la desobediencia de ese renegado al rey de Granada, y vengar la sangre del malaventurado Gutierre Dábalos.

Y á una seña del caballero, dos de sus ballesteros me pusieron con mi hija en la grupa de su caballo.

— Asíos bien á mí, me dijo el anciano, tenéos firme, voy á partir á la carrera, me impaciento.

Yo me afirmé bien, aseguré á mi hija, y en aquel momento el caballero lanzó su caballo que partió con la rapidez y el estruendo del huracan.

Pero al salir del valle refrenó su corcel y me dijo :

— ¿ Ves, cristiana, aquella deliciosa y blanca alquería ? ella es una de las mas ricas de las innumerables que yo poseo,

— ¿ Pero quién sois vos, señor, le pregunté, que decis que habeis sido amigo de mi marido y que tan bueno sois para mí ?

— Yo soy, me contestó, el infante Sidi-Atmet Gudaya, tio del rey de Granada, y cadí de los cadíes, y alcaide de la Alhambra y de las Torres Ver mejas, y de los Alijares y del Generalife y de la casa del rey.

El infante habia dicho con grande autoridad estas palabras y luego añadió :

— Por ahora, no quiero detenerme mas, lugar de hablar tendremos, entretanto voy á dejarte en esa mi alquería, no tardaré mas que lo que tardare la noche en volver á verte.

Y arrancó hácia la alquería, me dejó en ella, encareciendo mucho mi cuidado al alcaide que la guardaba y partió.

Noté con un temor vago que el infante habia dejado guardando la alquería veinte de sus feroces esclavos negros.

Yo hube de recogerme á un lecho.

El valor que me habia sostenido se habia agotado y caí como una planta herida por el pié.

Sidi Gudaya no volvió aquella noche, sino al dia siguiente por la tarde.

Habia tenido que empeñar una batalla con Aliatar el Bermejo, para castigarle.

Entró á decirme con una de las labradoras de las cercanías que habian buscado para que me sirviese, si podia verme, lo cual otorgado por mí, entró.

Traia una mano bendada, y le seguia un esclavo,

que conducia una riquísima caja de sándalo, oro y nácar, cuadrada, y de buen tamaño.

El esclavo dejó sobre la alfombra, delante de mí, la caja en que yo fijaba los ojos espantados, creyendo seria un presente de riquísimas joyas que me hacia el infante para rendirme al amor que se pintaba en su mirada, ansiosamente fija en mí, y el infante, conociendo esto, hizo salir al esclavo, y me dijo:

— No me ofendas creyéndome un hombre dejado de la mano de Dios, que desconoce tu dolor, y el poco tiempo que ha pasado desde que has perdido al amado de tu alma.

No te engañe la riqueza de esa caja que ves, porque tal debe ser para que esté perpétuamente en el retrete de una dama como tú. Mira.

Y sacando de su escarcela una llave de oro, abrió la caja y quedó descubierto un semblante horrible, con la boca contraida, de una manera, que espan-

taba, y los fieros ojos abiertos y amenazando aun.

Yo dí un grito agudo, y me desmayé.

Aquella cabeza me recordaba la de mi pobre Gutierre.

XI

Volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho doña María.

Parecia que sentia como presente aquello que estaba relatando.

Aparecia pálida y convulsa, y continuaba mirando cada vez con mas intensidad á Amina.

D. Pedro parecia profundamente abstraido, y devoraba con la ardiente mirada los encantos de la jóven.

Empezaba á impacientarle la larga relacion de doña María.

Y sin embargo, la escuchaba con la resignacion de un juez que oye una larga declaracion.

Amina parecia completamente agena á todo aquello, y permanecia inmóvil y con la cabeza apoyada en las hermosas manos.

XII

Doña María continuó:

Cuando volví en mí, aquella funesta cabeza habia desaparecido, y nunca mas volví á ver ni aun la caja que la contenia.

Sidi Gudaya esta bajunto á mí, cuidándome como un padre puede cuidar una hija.

Pasaron muchos dias, durante los cuales, no salia de un delirio sino para caer en otro.

Los mas sábios médicos de Granada habian sido llamados por Sidi Gudaya, que les habia prometido tesoros si me salvaban.

Al fin empecé á restablecerme, pero la convale-

cencia fué muy larga, y quedé resentida de la cabeza.

Mi hija y yo éramos cuidadas y tratadas como dos infantas.

Los esclavos de Sidi Gudaya se inclinaban profundamente delante de nosotros, y nos llamaban la infanta Marien á mí: á mi hija... mi hija se llamaba Isabel; pero Sidi Gudaya la habia dado un sobrenombre moro: la llamaba Amina, que quiere decir: *la fiel.*

XIII

Entonces sucedió una cosa fuertemente conmovedora.

— ¿Se llamaba Amina vuestra hija? preguntó la jóven, poniéndose de pié, anhelante, ardiente, trémula.

— Sí, contestó alentando apenas doña María.

— ¿Y crió á vuestra hija el infanta Sidi Gudaya, tio del rey Mohamet V?

— Sí, respondió pálida como un cadáver y dominada por una agonía infinita doña María.

— Pero no, no puede ser, dijo Amina.

— ¿Y por qué no puede ser? preguntó con una ansiedad suprema doña María.

— Porque yo soy hija del rey de Granada Mohamed Al-Hayzari.

— ¡Oh! ¡lo veremos! ¡lo veremos! esclamó doña María rodeando la mesa y lanzándose sobre Amina: á mí tambien me creian hija del infante Sidi Gudaya.

El rey se habia puesto de pié, y miraba asombrado aquello.

— ¡Esperad, esperad, señora, dijo Amina: ¿qué vais á hacer?

— Si tú eres mi hija, debes tener sobre tí señales.

— Esperad, esperad, insistió Amina: ¿no decís que en la córte de Granada se os creia hija del infante Sidi Gudaya?

— ¿Tenia alguna otra hija el infante?

— No.

— Recordad bien.

— El infante Gudaya no tenia mas que hijos.

— ¿Teniais vos un nombre árabe?

— Sí, el infante me llamaba Zobeya.

— ¡Ah! esclamó Amina; si vos erais creida hija del infante Sidi Gudaya, si vos os llamabais Zobeya...

— ¡Qué! ¡acabad! ¡acabad! dijo anhelante doña María.

— Entonces, señora, vos sois mi madre.

Doña María estendió los brazos hácia Amina, dió un grito, y se desmayó.

XIII

El rey acudió á ella y la sostuvo.

Por otra parte, Amina habia caido sin fuerza, aunque no desmayada, sobre el sillon que habia ocupado durante la cena y el relato de doña María.

Estaba pálida, convulsa, y fijaba en doña María una mirada suprema.

— La historia ha concluido por esta noche, dijo el rey, como hablando consigo mismo: estas mujeres necesitan estar solas: tengo sueño: he cenado bien... y luego la hermosura de este ángel...

Y despues añadió alto:

— Esforzáos, señora, levantáos, venid: sostened á vuestra madre: necesitais quedaros á solas con ella: yo soy aquí una persona enojosa: os voy á

dejar solas, pero nada temais: quedareis respetadas y servidas, como debe ser: pero os encargo, si no quereis perder mi proteccion, que guardeis el secreto de quien yo soy á vuestra madre.

— Le guardaré, señor, contestó Amina.

Y haciendo un esfuerzo se levantó, fué á donde estaba el rey, y tomó de sus brazos á doña María, que continuaba sin sentido.

El rey tomó su espada, su birrete y su manto, se embozó hasta los ojos, fué á la puerta, la abrió, y llamó.

XIV

Se presentó inmediatamente el mozo que antes habia servido á D. Pedro, y permanecia á una respetuosa distancia.

— ¿Qué me mandais, señor, dijo?

— Tomad, contestó el rey.

Y sacando de su escarcela un bolsillo de buenas doblas de la Banda de Aragon, lo entregó al mozo.

—Esto es demasiado, dijo aquel: con el oro que hay en este bolsillo se puede vivir un año en la hostería de los Reyes Viejos á cuerpo de rey.

—No os doy yo eso para pagaros la cena, que hubiera podido ser mucho mejor; sino para que sirvais á cuerpo de rey á estas dos damas, mientras estuvieren en la hostería.

— ¡A las dos! preguntó con estrañeza el mozo.

— Si no sois sordo, debeis haberlo entendido porque lo he dicho bien claro.

— Perdonad, señor; pero como doña María es criada de la casa.

—No ha debido serlo nunca, porque nunca ha debido ser pobre y miserable; pero como ha vuelto á ser rica, ha dejado de servir para que la sirvan: dad el dinero á vuestro amo, y decidle que ponga cuanto estuviese de su parte para que estas dos da

mas sean tan bien tratadas como si fueran infantas, parientas del rey: tened en cuenta que yo volveré.

—Descuidad, señor; ¡si ya decia yo que esta doña María era mucha cosa, y que solo por injusticias é infamias se encontraba la desdichada sirviendo!

— Basta; salid y esperad fuera, para que podais guiarme y alumbrar mi camino hasta la puerta.

El mozo salió todo asombrado por aquello que veia.

XV

— ¡Gracias, señor, gracias! dijo conmovida Amina, y fijando en el rey una mirada ansiosa, ¿cómo podré pagaros tantos beneficios?

— No hableis de pagarme, dijo el rey, porque podria ser que yo os pidiera un precio muy alto; pero

se me ha pedido por vuestra madre justicia, y ahora y luego, respecto á ella y á vos, soy el rey, no el hombre: agradecedme esto, porque no sabeis el sacrificio que me cuesta: no me mireis así, porque podria ser que yo me volviese loco y no respetase; cuando vuestra madre vuelva en sí, decidle que para ella han acabado las desgracias, como para vos: yo os protejo; pero á Dios, vuestra madre empieza á volver en sí, y quiero dejaros en libertad con ella: además es ya muy tarde, y necesito reposo. Adios.

Amina no contestó.

Miraba de una manera suprema al rey.

Este salió.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Amina: ¿dónde irá D. Pedro?

CAPITULO XII

EN QUE SE VE CUANTO SE INTERESABA EL REY D. PEDRO
POR LA SALUD DE SU MERINO MAYOR.

CAPITULO XII

EN QUE SE VE CUANTO SE INTERESABA EL REY D. PEDRO POR LA SALUD DE SU MERINO MAYOR.

I

Pero el rey, en vez de dirigirse al Alcázar, cuando estuvo en la calle y el mozo hubo cerrado la puerta de la hostería, se dirigió á la tapia del huerto de la casa de Ferran de Sedeño, trepó por ella, con la misma facilidad con que habia trepado Rodrigo Perez de Castro, y por el árbol descendió; y

no queriendo encontrarse solo en una casa que no conocia, lanzó una especie de grito inarticulado.

Pocos instantes despues, se oyeron, no lejos, precipitados pasos, el reflejo de una luz dejó ver el contorno de una puerta, y luego la misma luz apareció llevada por un hombre.

Aquel hombre era Rodrigo Perez de Castro, que se detuvo á poca distancia del rey, y esperó á que antes le hablase.

— ¿Y nuestro merino mayor? preguntó don Pedro.

— Con él he estado encerrado en una sala baja, á cuya puerta, para venir, he echado la llave.

— Llévame, dijo el rey.

Castro echó á andar y llevó á D. Pedro á través de una galería, á una gran puerta, magníficamente entallada, que abrió.

— Vive Dios, dijo el rey, esto está á oscuras.

— ¿Y para qué necesita un preso luz?

— Es verdad : entra, deja el farol, y sal.

Rodrigo Perez entró.

Salió á poco.

El rey entró.

— Cierra y espera, dijo el rey.

Y entró.

Rodrigo cerró la puerta y quedó fuera.

II

Sentado en un sillon, contraido, sujeto al respaldo del mueble, por el estremo de la cuerda que ligaba sus manos, y fijando en el rey una mirada impregnada de terror, estaba Ferran de Sedeño.

— Necesitamos hablar largo y en verdad, dijo el rey.

— ¡Cuán mudados están los tiempos! dijo Ferran de Sedeño con voz entrecortada : no hace mu-

cho yo me honraba, y era feliz, con el favor de Vuestra Señoría.

— Pero tanto habeis confiado en ese favor, dijo el rey, hasta tal punto habeis abusado de él, que mi favor os ha hecho daño : os veo muy enfermo, Ferran.

— Pero vos que todo lo podeis, señor, dijo temblando y anhelante Sedeño, podeis volverme mi salud.

— Segun lo que seais de leal y sincero conmigo en la conversacion que vamos á tener.

— Yo os juro, señor, que seré para vos tan leal ahora como lo he sido siempre.

— Pues si no la sacais de alguna parte, donde la tengais escondida vuestra lealtad, no os la veo.

— No tardareis en conocer, señor, que ahora, como siempre, os sirvo bien; pero si quisierais librarme de este cordel que se me está clavando en las carnes !... hacedlo por caridad, señor.

— ¡Oh! mi buen Rodrigo, dijo el rey, ¡ y qué bien que te se conoce que no quieres que te se escapen aquellos que yo te mando que prendas!

Y el rey, acercándose á Ferran, desnudó su puñal y cortó las ligaduras de sus manos.

— ¡ Oh ! ¡Dios os lo pague, señor; estaba á punto de desfallecer por el dolor!

— Y al veros así, ¿no os habeis acordado de aquellos á quienes contra fuero y razon habeis martirizado?

— Ved, señor, que me calumnian los que están envidiosos de mí.

— ¿Y es tambien una calumnia el secuestro en que habeis tenido á esa hermosa doncella mora ?

Se alteró gravemente Ferran de Sedeño al oir esta pregunta del rey.

Sintió un terror infinito, palideció y tembló.

— Esa doncella, señor, es mi esclava, dijo Sedeño.

— ¡ Vuestra esclava !

— La compré á un soldado cuando estuve en la Andalucía.

— ¿ Y de dónde la habia habido ese soldado?

— Los fronteros de Vuestra Señoría habian corrido la tierra de los Moros.

— ¿ Cuánto tiempo hace que comprasteis á esa doncella ?

— Un año.

— Pues hace mas de tres que yo estoy en paz con el rey moro de Granada.

— Sabeis, señor, que los capitanes de la frontera no hacen gran caso de la trégua, y que entran cuando ansia les viene en mientes, por las tierras del rey moro.

—Sí, ya sé que en mis reinos todos quieren ser mas reyes que el rey : indudablemente sobran muchas cabezas.

— Vuestra Señoría está rodeado de vasallos leales.

— ¿ Como vos?

— Yo os sirvo con toda mi fé.

— ¡ Ah ! ¿Vos teneis buena fé ? Pues dudo que en punto á fé no conoceis ni la de Jesucristo.

— Veo, señor, que mis enemigos quieren perderme.

— Acusáos á vos mismo, porque vuestro peor enemigo sois vos.

— ¡ Os juro, señor...!

— ¡ Juramentos ! ¡ mentiras sacrílegas ! ¡ creed en juramentos de traidores ! ¡ confiad ! ¡ adormeceos sobre el mentiroso lecho que os preparan, para despertar en la eternidad.

Y el rey, despues de haber dicho con voz ronca y lúgubre sus últimas palabras, se puso á pasear meditabundo y sombrío á lo largo de la estancia.

III

Ferran de Sedeño alentaba apenas.

Tenia fija en el rey una mirada cobarde.

Y no era para menos la situacion en que se encontraba.

El rey D. Pedro era ejecutivo, terrible.

Muchos nobles, muchos grandes señores, habian caido sin que el rey les hablase, á una sola indicacion suya.

Así habian perecido recientemente el maestre de Santiago D. Fadrique, y el infante D. Juan.

Y el uno era hermano, aunque bastardo, del rey.

Y el otro su primo.

Lo probable para Ferran de Sedeño, era que el rey, despues de interrogarle acerca de Amina, lla-

mara á Rodrigo Perez de Castro para que lo matara.

Esto merecia la pena del miedo que tenia en el cuerpo, mejor dicho, del terror mortal que sentia Ferran de Sedeño.

Y esta agonía creció cuando el rey se detuvo delante de él y le dijo:

— Vos mentís como un bellaco.

— ¡Que miento yo, señor! esclamó de una manera amenazadora Sedeño.

— ¡Sí, mientes!

— ¡Ah! ¡yo os juro...!

— No os creo: ese soldado no puede haber aprehendido por sí solo á esa dama.

— Yo no he dicho que un soldado fuese solo.

— Pues si entró con un escuadron y con capitan en tierra de Granada ese soldado, no pudo retener como cautiva suya á una doncella tan hermosa, á no ser que su capitan estuviese ciego.

— Esa es una historia, señor.

— Contadme esa historia, Sedeño.

Y el rey se sentó en una especie de canapé que habia en la estancia.

IV

Ferran de Sedeño se estremecia mas y mas, por que á cada momento el semblante del rey se hacia mas y mas lúgubre.

— ¡Contadme esa historia! dijo el rey.

— ¿Qué historia, señor? preguntó con la voz apenas inteligible Sedeño.

— La historia del cautiverio de esa dama, por un soldado de los fronteros del reino de Granada.

— Habeis de saber, señor, dijo Sedeño sacando fuerzas de flaqueza, que hace dos años estaba yo en la ciudad de Jaen, donde habia muerto un pariente que me habia dejado bien heredado.

Un dia, por distraer la tristeza que me habia causado la muerte de aquel pariente á quien queria bien, me salí á caza con unos monteros que tomé para que me sirviesen.

La caza duró algunos dias, en que nos fuimos alejando, y al fin nos metimos imprudentemente en la Sierra de Martos, demasiado cerca de los Moros.

Pero yo confiaba en la paz que entonces existia entre Vuestra Señoría y el rey moro de Granada.

Era al caer de la tarde.

De improviso oí que mis monteros daban voces de algazara.

Acudí con los que estaban junto á mí, y me encontré con que otros que se habian adelantado, cercaban á un hombre y á una mujer que habian encontrado en una quebradura.

La mujer vestia como visten las Moras principa-

les, y el hombre tenia armas y gadas de soldado castellano, y no de los pobres.

Estaban rendidos, hambrientos.

Me acerqué, les pregunté por qué se encontraban allí, y el soldado me respondió :

— Señor, yo soy de los fronteros del reino de Granada ; hace tres dias, mi capitan se metió con cien hombres por tierra de Moros ; durante la noche, y antes de amanecer, venimos á dar sobre una arquería, que era una casa de placer del rey de Granada.

La embestimos poderosamente, y yo no sé si mis compañeros la ganaron, porque á mí los Moros que guardaban la arquería me mataron el caballo, y me hubieran muerto tambien si no me hubiera salvado á causa de la oscuridad de la noche.

Cuando amaneció, me encontré entre breñas; solté la parte del arnés que me impedia andar, y seguí

adelante buscando la tierra de cristianos, que no debia estar lejos.

De improviso ví una mujer, que al parecer, estaba perdida como yo.

Esa mujer es esta princesa Mora que tengo conmigo.

Me dijo que la respetase, porque el rey de Granada, su padre, me daria por ella un crecido rescate, y esta es la hora, en que estraviado en esta sierra, aun no he podido encontrar la frontera de la Andalucía.

Tan hermosa era la dama, continuó Sedeño, tan jóven, y ya la conoceis, señor, tan tentadora, que yo ofrecí una enorme cantidad de dinero al soldado, no solo porque me la vendiese, sino porque callase que me la habia vendido.

Y de la misma manera pagué bizarramente á los monteros para que guardasen el secreto.

Despues he ocultado cuanto he podido á Amina.

— Acabad vuestra historia, dijo el rey : no está completa, ¿cómo es que Anima fué á dar en las manos de un soldado?

— Hé aqui lo que Amina me contó.

Los fronteros castellanos no solo acometieron la arquería, sino que la pusieron fuego.

Aterrada pude escapar con algunos esclavos, pero estos fueron acometidos por los Castellanos al estar fuera de la arquería, y Amina sola logró escapar milagrosamente, y cuando amaneció se halló perdida en la montaña donde tropezó con el Castellano que la habia cautivado.

Esa es toda la historia, señor,

— Y os habeis atrevido, esclamó el rey con voz cavernosa, á retener cautiva y oculta en medio de un profundo misterio á una doncella que debia ser sultana de Granada, hija del rey de Granada, mi aliado ?

— Me habia inspirado un amor del infierno, señor, contestó Ferran de Sedeño.

— Decís bien, porque amor del infierno es ese amor que os condena.

— Señor, señor, esclamó aterrado Sedeño, tened misericordia de mí !

El merino mayor habia creido llegada su última hora.

— Aun os queda una esperanza, dijo el rey, y si me servís en lo que voy á mandaros, puede ser que obtengais de mí misericordia. ¡ Escuchad ! vos permanecereis en Valladolid, ireis á vuestra audiencia ; ejercitareis como siempre justicia, nadie sabrá lo que aquí ha sucedido esta noche.

— Sí, sí, señor, esclamó el aterrado merino, será lo que Vuestra Señoría quiere.

— Pero no estareis libre, dijo el rey ; junto á vos irá siempre una persona que os pondrá al lado mi ballestero Rodrigo Perez de Castro.

Esta persona entiende en la ciencia de curar; vos teneis delicada la cabeza, Ferran de Sedeño; estais contínuamente amagado de muerte, no os atrevais pues á separaros de vuestro médico. Esté estará siempre á vuestro lado en la casa, en la calle, en el campo, en la iglesia, en la audiencia, hasta cuando durmais; y tened entendido que en el momento en que deis la mas leve señal de pretender privaros de los cuidados de vuestro médico, este os curará de tal manera que no volverá á doleros la cabeza.

Y el rey, rebozándose en su manto, salió.

CAPITULO XIII

EN QUE SE TRATA DE LA TRANSFORMACION DE DOÑA MARIA
Y DE AMINA.

CAPITULO XIII

EN QUE SE TRATA DE LA TRANSFORMACION DE DOÑA MARIA Y DE AMINA.

I

Al dia siguiente, un ballestero del rey, que no era otro que Rodrigo Perez de Castro, se presentó en la hostería de los Reyes Viejos.

Pero en vez de su sayo amarillo, de su cota de armas roja, de sus calzas de grana y de sus lucientes armas de ballestero hidalgo del rey, llevaba un traje comun, plebeyo oscuro, muy á disgusto suyo; pero le habia mandado el rey que se disfrazase, y habia sido forzoso obedecer.

Doña María estaba enferma.

Amina, sentada á la cabecera del lecho, cuidaba de su madre.

En la hostería estaban aturdidos.

Decian que el caballero que habia hecho aquello por doña María, estaba tan loco como ella.

Otros menos benévolos veian en aquello, que el caballero en cuestion habia entregado á doña María para que la acompañase y la sirviese de madre aparente la hermosísima doncella que nadie conocia, que nadie sabia de dónde habia salido.

Nadie, sospechaba que Amina fuese la dama misteriosa de la torrecilla del Angel Custodio.

Pero la verdad del caso era que el caballero en cubierto habia dejado mucho dinero para que se cuidase á las dos damas.

Nadie adivinaba quién podia ser aquel caballero tan altivo, tan rico, y que parecia tan poderoso.

Andaba, pues, alborotada la hostería con gran razon.

II

Habia venido á aumentar la perplejidad de Pero Ponce, el hostalero, el que los ballesteros de maza del rey, que habian tomado esclusivamente la hostería el dia anterior, no habian vuelto.

Y lo que es mas : que el ballestero mayor, su capitan, habia enviado á la hostería un su paje, á pagar la cuenta hecha por los ballesteros, y que poco despues un señor muy grave, habia llegado y habia tomado toda la hosteria, pagando bien, é imponiendo la condicion de que no se admitiese á nadie, ni aun para dormir en los desvanes.

Es decir, que se habian quedado solas en la hostería doña María y Amina.

Podia decirse que ellas eran las que vivian mas

anchas en aquellos momentos en Valladolid, porque con la llegada de la córte á la villa, y con la afluencia de forasteros que habian acudido por ver al señor rey, las hosterías, los mesones, todas las casas públicas, en fin, y hasta las particulares, estaban que reventaban.

III

— Y bien, señoras, dijo en cuanto entró Rodrigo Perez de Castro : yo soy venido aquí para serviros.

— ¿Quién os envia? dijo Amina.

— El caballero de anoche, contestó Rodrigo.

— ¡Oh! el caballero de anoche, contestó Amina : es muy bueno para nosotros, ese caballero.

— Me ha encargado grandemente, dijo Castro, que os sirva y que os guarde.

— ¿Y no os ha dicho, vuestro señor, si vendrá

á vernos? preguntó con cierta ansiedad Amina.

— Nada me ha dicho, contestó el ballestero; pero no será fácil que venga, porque tiene entre manos grandes negocios.

Y Castro marcó con una grande intencion sus últimas palabras.

— ¡Válganos Dios, por negocios! dijo con impaciencia Amina; ¡y qué ocupado anda ese caballero!

— Nada os importe eso, porque sus negocios no le impidem cuidar de vosotras, mis señoras.

— Dios se lo pague á ese caballero.

— Me ha mandado además, que busque un sastre que os provea de nobles ropas, á la usanza castellana.

— ¡Oh! qué generoso es para nosotras vuestro señor.

— Mi señor es muy justiciero, dijo Rodrigo Perez de Castro.

— Dios lo haga, repuso Amina, porque bien habemos necesidad de justicia.

— Me ha mandado además mi señor, que me quede al lado de vuesas mercedes.

— ¿Para guardarnos?

— No, no, señora, para serviros.

— ¿Pero no os separareis de nosotras, no es verdad? dije con cierta intencion Amina.

— Por decoro de vuesas mercedes, saldré acompañando os cuando salgais para ir á la iglesia, ó á esparciros, y siempre ireis en silla de manos, como conviene á damas principales.

— Vamos, vuestro señor nos trata como cosa suya, dijo crecienda en impaciencia Amina.

— Mi señor os estima mucho; pero mi señor ignora que vuestra señora madre está enferma.

— ¡Ah! no dijo doña María, tomando parte en la conversacion, esto ha pasado ya : y, ¿ quién es

vuestro señor, hidalgo? Decidme su nombre para que yo pueda pedir á Dios por él.

— Pedid con cuanta devocion y cuanta fé podais, señora, dijo Castro, porque bien ha menester mi señor que Dios le ayude; pero para eso no necesitais saber el nombre de mi señor : Dios le conoce.

— Y creo que un poco tambien el diablo, dijo Amina.

— Puede ser, contestó sonriendo Castro; de todo hay necesidad : algunas veces lo que no se puede hacer en nombre de Dios, se hace en nombre del diablo : tanto dá, con tal que la cosa se haga.

— No seais impíó, observó doña María : sin Dios no hay nada.

— Perdonad, señora, y no dudeis de mi cristiandad por lo que he dicho; pero mi amo es como Dios le ha hecho, y yo soy como quiere mi amo que yo sea : estad tranquilas : yo me quedo á vuestro

lado para serviros, y en prueba de ello, como ya es hora, voy á mandar que os sírvan el almuerzo.

IV

Doña María estaba mas alentada, y almorzó bien.

— ¡Ah! exclamó la infeliz, hacia mucho tiempo que yo no amorzaba de este modo: hacia mucho tiempo que tenia frio en el alma: ahora es distinto: me parece que ahora empiezo á vivir. ¿Quién es ese caballero que tanto bien nos hace?

— ¡Debe ser mucha cosa! decia Amina; debe ser en efecto, como él nos lo ha dicho, grande amigo del rey.

— ¡Ah! si eso es cierto, nos harán justicia, y ya no seremos ni pobres, ni desvalidas.

Y así continuaron hablando la madre y la hija, hasta que llegó un sastre, con el cual venian todos

sus oficiales cargados de ropas de dama, esteriores é interiores, y todas muy ricas.

Amína tomó para su madre y para ella cuanto las convino, y apenas marchó al sastre, se presentó el joyero.

— ¡Ah! no, dijo doña María; ¡joyas, no!

— Tomémoslas, madre, tomémoslas, que quien nos las dá puede con esto y con mucho mas: le ofenderíamos si no aceptáramos lo que de buena voluntad nos ofrece.

V

Amina, pues, se proveyó de ricas joyas.

Tanto el joyel como el sastre, nada hablaron de precio á las dos señoras.

Se conocia que estaban pagadas.

El dia era diáfano.

Un sol dorado, resplandeciente, hermosísimo, brillaba en un cielo refulgente.

Doña María se habia restablecido completemente.

Además, al verse con buenas ropas, en la situacion en que otras veces se habia visto, se habia animado.

— ¿No te parece, hija mia, dijo á Amina, que las orillas del Pizuerga deben estar hermosísimas?

— Sí, madre miaí contestó Amina, que no dudaba ya, que no podia dudar de que doña María era su madre. Yo no las he visto nunca. Ese infame me trajo desde Andalucia á Valladolid encerrada en una litera, en cuyas ventanillas solo habia algunos agujeros para que penetrarse al aire.

Andando llegué á Valladolid, me encerró en esa torrecilla de enfrente, en lo alto.

De dia no tenia encerrada para que no pudiera asomarme á las ventanas.

De noche únicamente abria mi encierro, ó mas bien le ensanchaba.

Tengo gana de ver al campo abierto, los ho-

rizontes y de respirar el aire libre. Salgamos, madre mia, salgamos, ya que se nos ha puesto al lado ese buen servidor : valgámonos de él.

Y llamaron á Castro y le espresaron su deseo.

— Pensando en esto, habia yo hecho venir una silla de manos, dijo Castro, cuando vuestras mercedes quieran.

Las dos señoras se cobijaron y bajaron al patio, en donde encontraron una silla de monos de gran lujo, como convenia á dos señoras principales, y cuyos lacayos ó criados llevaban libreas rojas.

Repararon tambien en que su estraño servidor llevaba puesto un antifaz negro.

Pero Ponce, dueño de la historía, y los mozos, y las mozas de esta, veian con asombro la transformacion de doña María y la hermosura de Amina.

Aquello era un acontecimiento de esos que llaman profundamente la atencion cuando sobrevienen, y á los que envuelve el prestigio del misterio.

Al salir la silla de manos, Rodrigo Perez de Castro habló algunas palabras con un hombre ordinario que estaba echado como á la derecha sobre el quicio de la puerta de la hósteria.

Este hombre partió, tomando la direccion del Alcázar.

Rodrigo Perez de Castro siguió á la silla de manos, que poco despues salió al campo por el portillo de San Benito.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

POISSY. — IMP. BOURET.

